COMEDIA FAMOSA.

EL CAVALLERO.

DE DON AGUSTIN MORETO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

D. Felix de Toledo, Galàn. *** *Doña Ana Enriquez, Dama.* *** *Manzano, Gracioso.*
D. Lope Enriquez, Galàn. *** *Doña Luisa de Ribera, Dama.* *** *Martin, Criado.*
D. Diego de Ribera, Galàn. *** *Inès, Criada.* *** *Dos Hombres.*
D. Juan de Toledo, Barba. *** *Leonor, Criada.* *** *Musicos.*



JORNADA PRIMERA.

Salen Don Felix, y Manzano de camino.

Manz. JEsus! Jesus!
Felix. Què te espantas?
Manz. Aun no creo que aqui estès:
què este es Madrid? què esta es
la calle de las Infantas?
Es possible, que ya andes
por tierra que anduvo el Cid?
Dios me conserve en Madrid,
que para mì no hay mas Flandes.
Felix. Asseguroте, Manzano,
pues ya sabes lo que passa,
y que me buelvo à mi casa,
por la muerte de mi hermano,
donde, si su muerte lloro,
hallar por alivio puedo
un mayorazgo que heredo,
y una Dama à quien adoro;
que en Flandes contento estaba,
y aora conozco yo,
que aquella escuela me diò
todo lo que me faltaba:
porque aunque la Corte encierra
Cavalleros muy perfectos,
sin saber de los efectos
de la escuela de la guerra,
segun lo que considero,
que ella en mi pecho ha labrado,
la Milicia es quien dà el grado
à un perfecto Cavallero.
Manz. Fuerza fue, que alli aprendiesses
quatro mil Cavallerias,
no dormir en quatro dias,
no desnudarse en dos meses;
andar siempre à la aspereza
de agua, nieve, ò yelo impio;
bien es verdad, que este frio
se resiste con cerbeza;
con que queda acostumbrado
un hombre, con tal sustento,
à andar siempre muy hambriento,
muy roto, y desaliñado,
afligido, sin dinero,
siempre imaginando flores,
que son las partes mejores
de un perfecto Cavallero.
Felix. Como tù, lo has discurrido.
Manz. Esto es lo que yo aprendi.
Felix. Labrò en tì, conforme à tì.
Manz. Ergo si haver aprendido
mal, consiste en mi baxeza,
no es la guerra, ni sus fueros
quien hace los Cavalleros,
sino su naturaleza.
Felix. La misma razon lo abona.
Manz. Pues què es lo que de ella nace?
Felix. Yo no digo que los hace,
sino que los perfecciona.
Manz. Pues essa question dexada,
por què causa no has querido

irte à casa, y te has venido
à apear à una posada?

Felix. Mi recato es necessario,
pues lo que llevò mi brio
à Flandes, fue un desafio,
en que matè à mi contrario.
Demàs de esto, y el empeño,
sabes que aqui dexè yo,
pues sin alma me embiò,
Doña Ana Enriquez mi dueño.
En la carta me protesta
mi padre, que con secreto
me venga, pues con efecto
no està aun la muerte compuesta.
Y demàs de esto me llama,
porque casarme ha intentado,
ni sè què esposa me ha dado,
ni en què estado està mi Dama.
Sin verla intenta saber
uno, y otro mi agudeza,
que si en Doña Ana hay firmeza,
ella ha de ser mi muger.

Manz. Y tù sabes si ha venido
Don Lope Enriquez, hermano
de Doña Ana, que era Indiano?

Felix. Si, por cartas lo he sabido.

Manz. Y el Don Lope, dudar puedo,
si vendrà en lo concertado.

Felix. Pues le està mal ser cuñado
de Don Felix de Toledo?

Manz. Mal diz que le havia de estàr;
pues eres tù algun mendigo?
se pudiera honrar contigo,
aunque fuera Familiar;
y aun anda mi lengua corta:
mas dudo que os concerteis,
si los dos no os conoceis.

Felix. Siendo yo quien soy, què importa?

Manz. Pues al caso, y con audacia.

Felix. Pues ya es noche, vèn tràs mì,
que Doña Ana vive aqui
al Cavallero de Gracia.

Manz. Oyes: què en los Capuchinos
de tanto coche se infiere?

Felix. Que es Viernes, y hay Miserere.

Manz. Suena en acentos divinos;
mas ya al fin debe de ser,
pues sale gente. *Felix.* Azia alli
nos vamos, no salga aqui
quien nos pueda conocer.

Manz. Si, que la Luna ha salido.

Felix. Me conviene este recato.

Manz. Mucho es, que quien no es ingrato
quiera ser desconocido.

Salen Doña Ana, y Inès con mantos, y Doña Luisa, y Leonor del mismo modo, y dos hombres galanteandolas.

Ana. Cavalleros, si lo sois,
mostrad el primor de serlo
en no passar adelante
con quien os pondera el riesgo,
que hay en ir à nuestro lado.

Homb. 1. Esse es el comun despego
que usan todas las mugeres
à los primeros encuentros:
y el quereros festejar,
y regalar, si de hacerlo
dais licencia, no es agravio,
que merece esse desprecio.

Luisa. Ya os hemos dicho otra vez,
que aunque aqui lo parecemos,
no somos de las mugeres
que pensais. *Homb.* 1. Tambien es esso
comun de primer respuesta,
que yo en la Corte estoy hecho
à escuchar esso de todas,
y à encontrar su rendimiento
detràs de poca porfia:
pero seais en efecto
quien fuereis, què importarà
para admitir el festejo,
de ir à la confiterìa,
que de aqui no està muy lexos
del Cavallero de Gracia?

Ana. Inès, viste hombres mas necios?

Inès. Si ellos quieres que nos dexen,
admite el ofrecimiento,
que los tales tienen traza
de tener poco dinero,
y nos dexaràn, si acetas.

Homb. 2. Ea, vamos, no tardemos,
demos dulces à estas damas.

Luisa. Ya os han dicho, Cavalleros,
que os estarà mal seguirnos;
y puede ser que encontremos
bien presto quien os lo muestre.

Homb. 1. Amenaza? pues por esso
os hemos de acompañar.

Ana. Ya esso es passar de grossero,
y fiaros en que somos

mù-

mugeres. *Felix.* No oyes aquello?
Manz. Hay hombres ocasionados:
èste estarà pretendiendo
una compañia en la guerra,
no se la darà el Consejo,
y la procura en la paz.
Homb. 1. No teneis que deteneros,
que solo por la amenaza
os havemos de ir siguiendo.
Ana. Esso es porque aqui no veis
quien aquesse atrevimiento
os castigue. *Homb.* 1. Si ha de haverle,
vamos allà. *Felix.* Cavalleros,
haviendo dicho estas Damas,
que en seguirlas tienen riesgo,
no parece urbanidad
seguirlas à su despecho;
y yo os pido en cortesia,
que las dexeis. *Homb.* 1. Bravo empeño!
sois vos el que ellas esperan,
que castigue nuestro intento?
Felix. Soy quien esto os suplìca
por deuda de Cavallero;
y si no os quisiereis ir,
quien harà que os vais mas presto.
Homb. 1. Trae algo con què espantarnos?
Manz. Trae con que darles tan recio,
que les harà que aqui dexen
las capas, y los sombreros,
y las Damas, y la gana
de ir con ellas. *Homb.* 1. Antes pienso,
que la dexarà quien habla.
Manz. Mientes, poco mas, ò menos:
abanza, señor. *Felix.* Ya os voy
à enseñar à ser atentos.
Metenlos à cuchilladas.
Ana. Ay infeliz! Doña Luisa,
en què empeño nos ha puesto
la necedad de estos hombres?
Luisa. No es ya muy grande el empeño,
Doña Ana, que à muy buen passo
de su valor vàn huyendo,
y no correrà peligro.
Inès. No harà, que corren con miedo.
Leon. Son toreadores de à pie?
Ana. Quièn serà este Cavallero?
Luisa. Si la vista no me engaña,
yo de la Luna al reflexo
le vì la cara; y si aqui
pudiera estàr, siendo cierto
que està en Flandes, presumiera,
que es Don Felix de Toledo.
Ana. Ay Inès! què es lo que escucho?
Inès. Muy possible es que sea cierto;
su padre le està esperando,
y havrà venido. *Ana.* Y mis zelos
seràn ciertos, si es verdad; *ap.*
ha ingrato amante, què es esto?
tù en Madrid, sin verme à mì?
Doña Luisa, segun esso
tù debes de conocerle?
Luisa. Le debì muchos festejos
antes que se fuesse à Flandes.
Ana. Luego es tu amante? *Luisa.* No puedo
presumir yo, que aun le dure
un amor, que ha tanto tiempo
que yo le desengañè;
y tù sabes ya el extremo
con que à tu hermano Don Lope
quise yo siempre. *Ana.* Esso es cierto:
èl la conociò, y por ella *ap.*
se empeñò: yo estoy muriendo.
Luisa. Mas èl es el que ha embaynado
la espada, y viene. *Ana.* Què haremos?
Luisa. Irnos, y no nos conozca.
Ana. Esto confirman mis zelos: *ap.*
antes yo le quiero hablar,
porque agradecerle debo
el havernos amparado.
Luisa. Habla tù, si gustas de esso.
Ana. Inès, tapemonos bien.
Salen Don Felix, y Manzano.
Felix. Bien se viò quien eran ellos.
Manz. Mas no se iràn alabando.
Felix. Heriste alguno? *Manz.* Esso es bueno:
como no podia alcanzarlos,
me alarguè de pensamiento,
y à uno dì una cuchillada,
que le abrì de medio à medio.
Felix. Le alcanzaste con la espada?
Manz. No sino con el deseo.
Ana. Ay Inès! yo estoy mortal;
Don Felix es. *Inès.* Esto es hecho,
en aqueste instante acabo *ap.*
de perder yo mi remedio;
porque en nombre de mi ama,
à quien galantèa Don Diego,
hermano de Doña Luisa,
le hago favores supuestos,
y me vale un pozo de oro,

y oy por Don Felix lo pierdo.
Felix. Aun se estàn aqui las Damas.
Manz. Bien pueden darnos el premio.
Felix. De hallaros aqui, señoras,
presumo cuidado nuevo;
si le teneis, y gustais
de que yo os vaya sirviendo
hasta entrar en vuestra casa,
bien podeis ir sin recelo.
Manz. Miren si hay otra pendencia,
que aunque sean veinte de ellos,
con condicion que ellos huyan,
aqui se la reñiremos.
Ana. No esperamos por cuidado,
sino por agradeceros
el favor; aunque es verdad,
que nos costò el sentimiento
de que un Cavallero tal,
como lo muestra el empeño,
se aventurasse con hombres,
que eran de tan poco precio:
y creed, que à haver sabido,
que pudiera à vuestro aliento
empeñarle nuestra voz,
sufriera su atrevimiento,
por no daros la ocasion,
que ya vencida sin riesgo,
os agradezco. *Felix.* Yo soy
quien debe agradecimiento
à la ventura de hallarme,
con lo poco que merezco,
en ocasion de serviros.
Ana. El Don Felix es discreto,
muy galan, y muy bizarro:
si es cierto lo que sospecho, *ap.*
assi me he de vengar de ella.
Luisa. Es un grande Cavallero,
y esso lo debe à su sangre.
Ana. Bien dissimula: si es cierto?
sois de Madrid? *Felix.* Yo, señora,
no soy sino forastero.
Manz. Mi señor es Alemàn.
Ana. Alemàn? *Manz.* Medio Tudesco,
y aora ha venido de Angola.
Ana. Bien se conoce en lo negro;
pero acà no somos Indios.
Felix. Este, señora, es un necio,
que yo soy de Andalucìa.
Ana. Esso parece mas cierto.
Manz. Y lo que yo digo, y todo,
que esto es por parte de suegro;
mas por parte de cuñado,
es Alemàn como el yelo,
natural de Calahorra.
Felix. Calla, no seas majadero.
Ana. Ya que forastero sois,
holgarème de ir sabiendo
vuestro nombre, y la posada.
Felix. La posada es algo lexos,
porque poso en Leganitos:
el nombre, para el efecto
en que yo os puedo servir,
si assEguro como puedo,
que yo un Cavallero soy,
os digo el nombre mas cierto.
Ana. Si un Cavallero es el nombre,
buen nombre es ser Cavallero.
Felix. No pienso yo que se os puede
ofrecer à vos empeño,
en que querais saber mas.
Ana. No pudiera ser, que al veros
tan bizarro, y tan airoso,
ocasionasse el afecto
de alguna de las que veis?
Felix. No estoy hecho à essos trofeos,
y lo dudo à mi fortuna:
mas sintieralo, os prometo,
que me diera essa ventura,
quando lograrla no puedo.
Ana. Por què no podeis lograrla?
Felix. Porque yo me he de ir muy presto.
Ana. Ya mi duda es evidencia, *ap.*
pues me ha despreciado el ruego,
por vèr que està aqui su Dama;
yo lo he de apurar si puedo.
Doña Luisa, el tal Don Felix
muy bien me và pareciendo,
y pienso que he de quererle.
Luisa. Tendràs muy buen gusto en esso,
que èl es digno del cuidado.
Ana. Si es dissimulo, es muy cuerdo, *ap.*
ò ella està muy satisfecha.
Y de verdad, es lo cierto
el haveros de partir,
ò tener ya algun empeño?
Felix. Yo en mi vida quise bien.
Manz. Señor, por què dices esto?
dexate querer de aquesta.
Felix. Necio, puede un Cavallero
engañar aqui à una Dama,

si

si à otra Dama està queriendo?
Manz. Si quiere, y como que puede.
Ana. Muy dificilmente os creo,
que no haveis querido bien.
Felix. No, y es verdad, porque quiero.
Ana. Os ahorrais muchas congojas,
mas perdeis muchos contentos.
Felix. Tanto sabeis vos de amor?
Ana. Por las Comedias, que leo,
tengo de èl muchas noticias:
mas puesto, que (à lo que infiero)
el encubrir vuestro nombre,
y fingir esse despego,
os tiene alguna importancia
con las que os estàn oyendo,
no quiero apuraros mas;
y porque cerca tenemos
nuestra casa, os suplicamos,
que os quedeis aqui. *Felix.* Mi intento
solamente es de serviros,
y por esso os obedezco.
Ana. Muerta voy! vèn, Doña Luisa.
Luisa. Passa adelante tu afecto?
Ana. Ya se descubre el cuidado;
vèn, que despues hablarèmos. *Vanse.*
Inès. Vèn, Leonor. *Leon.* Vamos, Inès.
Manz. Digo, Reyna. *Inès.* A quièn và esso
entre las dos? *Manz.* Yo à una sola,
porque me cansè en Marruecos
de tener treinta mugeres.
Inès. Fue Moro? *Manz.* Un poco de tiempo.
Leon. Responde tù à esse Letrado,
que yo à mi ama voy siguiendo. *Vase.*
Inès. Y què quiere? *Manz.* Ya vè ustè
yo ando à buscar mi remedio,
y ustè me parece cosa.
Inès. Jesus! cosa le parezco?
y què cosa? *Manz.* Assi, cosita.
Inès: No sea tan lisongero:
para què me alaba tanto?
Manz. Si esto es mucho, quitarèmos.
Inès. Y de verdad, busca ustè
comodidad? *Manz.* De provecho.
Inès. Parecele bien la mia?
Manz. Si ustè dixera primero
lo que dà, pudiera ser.
Inès. Yo doy el salario en zelos,
las raciones en desdenes,
en tibiezas, y despegos,
ù de año en año; y si acaso
hay algun gran casamiento,
doy librèa de esperanza.
Manz. Y no dà ustè algun enredo,
ò chisme para zapatos?
Inès. Cinquenta le darè de esso.
Manz. Jesus, y què rica cosa!
digo que en ella me quedo.
Inès. Pues traiga luego su ropa.
Manz. Deme señal, irè luego.
Inès. No tengo mas que esta mano,
si basta. *Manz.* Poco dinero;
no le queda à ustè otra blanca?
Inès. Vela aqui. *Manz.* Pues voy con esso,
que ya es un maravedì.
Inès. Còmo ha nombre? *Manz.* Yo, Cerezo.
Inès. Cerezo? mirelo bien.
Manz. De arbol es mi nombre, cierto.
Inès. De arbol si, el vedado.
Manz. Muger del Demonio, arredro.
Inès. Por què se espanta de mì?
Manz. Que eres la serpiente pienso,
pues has olido el Manzano.
Inès. A Dios, señor embustero;
y crea el señor Manzano,
que aora ha sido camueso. *Vase.*
Manz. No oyes aquesto, señor?
Felix. Què ha sido? *Manz.* Viven los Cielos,
que èstas nos han conocido.
Felix. Què dices? estàs sin sesso?
recienvenidos de Flandes,
còmo es possible? *Manz.* Esso es bueno;
pues si me han dicho mi nombre?
quànto quieres que apostemos,
que eran Doña Ana, y Inès
dos de las que aqui estuvieron?
Felix. Doña Ana? estàs sin sentido?
pues estando, como es cierto,
aqui su hermano Don Lope,
havia de hacer el excesso
de estàr de noche, y à pie
fuera de casa? *Manz.* Què riesgo
puede haver en esso, si ellas
viviendo en el Cavallero
de Gracia, à los Capuchinos
quieren venir de secreto
al Miserere encubiertas?
Felix. Vive Dios, que lo recelo,
que la muger que me hablò
me pareciò de respeto;
y en una muger de porte

de-

declararſe con un ruego,
fuera gran facilidad,
à no tener fundamento:
Manzano, vamos allà.

Manz. Peral, vamos al momento,
que ellas han ſido prudentes
como ſerpientes en eſto.

Felix. Por què? *Manz.* Vieron el Manzano,
y la culebra te dieron. *Vanſe.*

Sale Don Diego con Muſicos.

Diego. Aqui podeis quedaros retirados,
y eſtèn los inſtrumentos bien templados,
porque en llamando yo, comience luego
(dando noticia de mi amoroſo fuego)
la muſica à cantar mi dicha grande;
y no ſe mueva nadie, haſta que mande
mi cuidado tocar los inſtrumentos,
dando ſus dulces voces à los vientos,
porque à mayor trofeo
del que promete, aſpira mi deſeo,
porque tanto mi amor me tiene ciego.

Muſico. Bien puede deſcuidar, ſeñor D. Diego,
que eſtà famoſamente prevenido.

Diego. El contento de vèr favorecido
mi amor, me tiene loco;
qualquier feſtejo à mi deſeo es poco,
para ſignificar el alegrìa
en que me tiene la eſperanza mia.
Un año me ha coſtado eſte trofeo,
que ha que à Doña Ana Enriquez galanteo
con porfias, y ruegos, y finezas,
reſiſtiendo deſdenes, y durezas,
ſin que el Sol vieſſe claro ſolo un dia;
y en fin todo lo alcanza la porfia,
pues ya mi alivio ſu favor alcanza;
y para mas aliento à mi eſperanza,
oy licencia me ha dado
de que la ſignifique mi cuidado
la muſica que traigo prevenida,
que es el indicio de que tengo vida;
pues es cierto que no lo permitiera
à quien para ſu eſpoſo no quiſiera.
La ſeña quiero hacer à la ventana,
pues ya es hora que eſtè ſola Doña Ana,
que à eſta hora mi hermana Doña Luiſa,
cuya viſita el Viernes es preciſa,
porque à los Miſereres la acompaña,
ya ſe havrà buelto à caſa: dicha eſtraña
es la que conſiguiò porfia, y ruego,
ſi eſpoſo de Doña Ana à verme llego.

Salen Don Felix, y Manzano.

Felix. Eſta es la caſa, Manzano.

Manz. Y aquella, ſeñor, la rexa,
que de arado para tì
fue, quando andabas tràs ella.

Felix. Pero tuve buena dicha
en cultivar bien la tierra,
pues floreciò la eſperanza,
porque aora el fruto ſe acerca.

Manz. Aora es fruto dichoſo,
que à mì tambien ſe me acuerda
quando ſembrabas ſuſpiros,
pero cogias arena.

Felix. Si eſtarà ſu hermano en caſa?

Manz. Yo te harè eſſa diligencia.

Felix. Tentè, que hay gente en la calle:
en el umbral de eſta puerta
eſtemos haſta que paſſen.

Llegan à la rexa.

Diego. Llegar quiero à hacer la ſeña.

Felix. Manzano, no vès aquello?
un hombre à la miſma rexa
en que yo hablaba ha llamado?

Manz. Calla, ſeñor, que es quimera.

Felix. Còmo quimera? què dices?
no le vès parado en ella?

Manz. Hombre à rexa de tu Dama?
calla, que ſerà alma en pena.

Felix. Eſtàs ciego? no lo vès?

Manz. No lo creo, aunque lo vea:
alma en pena es, vive Dios.

Felix. Me apuraràs la paciencia.

Manz. Pues ſi la quiere, y tiene alma,
no andarà en pena por ella?

Felix. Aguarda, que ya han abierto.

Abren una ventana, y ſale Inès à ella.

Inès. Cè, es D. Diego? *Diego.* Si, Inès bella,
la muſica prevenida
aqui traigo. *Inès.* Eſta es buena; *ap.*
què ſeria ſi Don Felix
aora à la calle viniera?
pero yo no he de perder
lo que Don Diego me pecha,
que para todo hay ingenio.
Don Diego, àcia la otra acera
os poned para cantar,
que aſsi mi ama lo ordena,
que alli viven otras Damas,
y ſe equivoca con ellas
de la muſica el intento,

pa-

para que nadie lo sepa,
que ella la saldrà à escuchar,
para que salga con ella,
y aun se està aqui Doña Luisa:
y assi, aunque Don Felix venga,
no tendrà que sospechar.
Diego. Ya està essa prevencion hecha;
yo voy à decir que canten.
Felix. Manzano, mi muerte es cierta.
Manz. Mas tuviste buena dicha
en cultivar bien la tierra,
pues dà fruto para todos.
Felix. Respirando estoy un etna.
Manz. Este hombre te ganò el juego,
y por la ventana mesma.
Felix. No ganarà si yo puedo.
Manz. Pues còmo quieres que pierda,
si està à truco aventanado?
Salen à la ventana Doña Ana, y Doña Luisa.
Ana. Inès, para què està abierta
esta ventana? *Inès.* Ay señora!
que dàn musica. *Ana.* Pues cierra.
Inès. Calla, que es à las vecinas,
que llaman las Boneteras,
y las galantea un lindo,
que no las dà sino quexas.
Luisa. Oigamosla por tu vida,
Doña Ana. *Ana.* Quieres que entiendan,
que es la musica por mì?
Luisa. Antes saliendo tù à verla,
te asseguras de essa duda,
y quitas la contingencia,
que à quien la musica dàn,
siempre las ventanas cierra,
por el recato. *Ana.* Ya estoy
tan lexos de dar sospecha,
que nada me importa: oigamos.
Inès. Mañana tengo pollera,
y sortija, que este canto
yo le harè bolver en piedra.
Diego. Desde aì podeis cantar.
Felix. Musica trae. *Manz.* Señal cierta.
Felix. De què? *Manz.* De que te habla claro
este hombre. *Felix.* De què manera?
Manz. Te dà los zelos cantados,
porque mejor los entiendas.
Felix. De la calle à cuchilladas
los he de echar. *Manz.* Hombre, espera;
à tì què ofensa te ha hecho
este hombre, que galantea
à quien como à tì le admite?
Felix. No es possible que èl me ofenda,
no sabiendo que me ofende;
mas si yo con tanta pena
viendolo estoy, y lo sufro,
yo soy quien me hago la ofensa.
Manz. No es mejor vèr en què pàra?
Felix. Y dònde està la paciencia?
Manz. Aqui està en los Capuchinos:
aguardemonos siquiera
hasta que canten las coplas,
y si el estrivillo empiezan,
sacudirlos en la fuga,
para que vayan con ella.
Musica. Ay que me mata, zagales,
la viva estrella de Anarda;
si por estrella la adoro,
mi misma estrella me mata.
Felix. Manzano, esto no es sufrible.
Manz. No me espanto que lo sientas,
que la copla es tal, que à todos
nos hace vèr las estrellas.
Felix. Hasta su nombre publica.
Manz. Si ella le ha dado licencia
de que le traiga estrellado,
tù, que lloras su flaqueza,
puedes passarle por aguas;
mas ya prosiguen, espera.
Musica. Buela mi amor à tus ojos,
mas es tan noble su llama,
que me quema el corazon,
y me perdona las alas.
Diego. Por la boca de esta calle
una tropa de hombres entra,
proseguid mientras yo voy
à reconocer quien sean. *Vase.*
Felix. Manzano, viven los Cielos,
que lo està oyendo à la rexa
Doña Ana, con sus criadas.
Manz. Pues querias que estuviera
rezando, mientras la cantan?
Felix. La venganza de èl, y de ella
he de ocasionar assi. *Llega à la reja.*
Ingrato dueño, si ostentas
tu mudanza, ya la ha visto
quien morirà de la quexa.
Ana. Què es esto? quièn es este hombre,
que con tanta desverguenza
llega? Inès, habla contigo?
Felix. Contigo hablo, ingrata bella.
Ana.

Ana. No os dixe yo, que eſte rieſgo
tiene el ſalir à la rexa?
debe de ſer loco eſſe hombre;
vamonos de aqui: Inès, cierra. *Vanſe.*
Felix. Vive el Cielo, que me ha dado,
por ſatisfacerle, atenta,
con la ventana en la cara.
Manz. Mucho peor ſer pudiera.
Felix. Que darme con la ventana
en los ojos? *Manz.* Coſa es cierta;
pues peor huviera ſido
que te diera en la cabeza.
Felix. Pues en èl me he de vengar.
Sale D. Diego. Amigos, la Ronda es eſta,
ceſſad aora, que yo tengo
rieſgo, ſi aora me encuentra:
venios tràs mì retirando,
y apriſa, porque ſe acerca.
Muſico. Yo con el harpa no puedo
correr, y alcanzarme es fuerza.
Diego. Raro empeño! pues dexar
eſtos hombres, es baxeza,
ſi los aja la Juſticia:
un hombre viene, y es fuerza
valerme de èl, ſea quien fuere,
para que aqui no me pierda.
Cavallero? *Felix.* Sì lo ſoy,
què quereis? *Diego.* Siendolo, es deuda
en vos amparar à quien
de vos à valerſe llega:
yo hice en eſta miſma calle
anoche una reſiſtencia
à la Juſticia, y aora
buelve por la calle meſma
ſolo à buſcarme, ſin duda,
con que retirarme es fuerza,
por no ſer reconocido:
yo os ſuplico, que ſi llega,
ampareis vos à eſſos hombres,
y hagais la muſica vueſtra,
para que no los ultrajen,
pues nada en eſto ſe arrieſga
para vos; y à Dios, que vienen.
Felix. Oìd, eſcuchad. *Dieg.* Ved que llegan,
y no puedo detenerme. *Vaſe.*
Felix. Que aqueſto aqui me ſuceda!
yo quedo obligado à hacerlo.
Manz. Al que te ofende eſſo intentas?
mas que el demonio ſe lleve
los Muſicos, y los metan
en un cepo de patillas.
Felix. Amigos, el tono, y letra
proſeguid, y ſin cuidado
cantad, que aunque deſpues ſea
forzoſo reñir con èl,
aora debe mi nobleza
ampararle, pues de mì
ſe valiò. *Manz.* Muden el tema,
y pues cantan por mi amo
rabiando coplas muy nuevas.
Muſica. Solo es llama, porque alumbra,
pues ſin conſumir, regala,
y crece mas la materia,
que mas en ella ſe abraſa.
Salen los miſmos con quien riñeron arriba, con los mas que pudieren.
Homb. 1. El ſin duda es de eſte barrio,
y hallarle aqui es coſa cierta:
y vive Dios, ſi le hallamos,
que hemos de vengar la afrenta
de haver huido eſta noche,
pues con la induſtria ſupueſta
de fingirnos la Juſticia,
podemos, ſin que ſe entienda,
reconocerlos à todos,
haſta hallarle por las ſeñas.
Homb. 2. Muſica eſtàn dando aqui.
Homb. 1. Dexadme llegar à ella:
Cavalleros, la Juſticia.
Felix. Sea muy en hora buena.
Homb. 1. Y quien diremos de uſtedes?
Felix. Gente que no hace moleſtia,
pues un Cavallero es,
que por ſu guſto feſteja
con eſta muſica el barrio.
Homb. 1. Y à què intento?
Manz. Linda flema;
à una Dama que aqui vive,
y por ſer muy pedigueña,
ſe la damos por ſangria,
por no darla de cabeza.
Homb. 1. Lleguemos à conocerle;
y quièn es quien la feſteja?
Felix. Ya he dicho que un Cavallero.
Homb. 1. Un Cavallero es reſpueſta?
Felix. Eſſe es mi nombre.
Homb. 1. Eſſo es bueno.
Manz. Y de pila: es eſtrañeza,
ſi ſe bautizò en Olmedo?
Homb. 1. Largue las armas, què eſpera?

Felix. Sobre què? *Manz.* Pues eſſo dudas?
ſerà ſobre ſu cabeza.
Homb. 1. Largue la eſpada. *Manz.* No larga,
ſino corta. *Felix.* A eſſa inſolencia
ſe reſponde de eſte modo,
que no es Juſticia quien llega
con aqueſſa demasìa.
Manz. Señor, que hay muchos, aprieta.
Homb. 1. El es, amigos, matadle.
Manz. Antes ciegues, que tal veas.
Muſico. Vamonos de aqui noſotros. *Vanſe.*
Metenlos à cuchilladas, y ſalen Doña Luiſa, y Leonor.
Luiſa. Ay Leonor, que yo voy muerta!
por entre dos mil eſpadas
hemos paſſado. *Leon.* Què pena!
gota de ſangre, ſeñora,
no me ha quedado en las venas.
Luiſa. Gran yerro fue no admitir
que à acompañarnos vinieran
los Criados de Doña Ana;
y aora bolver es fuerza
à pedirlos que nos lleven
haſta caſa. *Leon* La pendencia
es enfrente de ſu caſa,
y es peor bolver à ella.
Salen Don Felix, y Manzano.
Felix. La colera de mis zelos
deſpiquè en ſu deſverguenza.
Manz. Siete cabezas à uno
le rompì. *Felix.* De què manera?
Manz. Porque iba alli cierto amigo,
que llaman ſiete cabezas:
mas à què buelves aqui?
Felix. A que, aunque la vida pierda,
ha de entender eſta ingrata,
que he ſabido ſus ofenſas.
Manz. Pues què ſe le dà à la otra?
Felix. Vè, que he de entrar aunque muera.
Luiſa. Azia aqui vienen dos hombres,
valernos de ellos es fuerza.
Cavalleros, aqui acaba
de haver aora una pendencia,
y vamos, como mugeres,
con temor: por vida vueſtra,
que os ſirvais, en corteſìa,
de acompañarnos, que cerca
eſtà de aqui nueſtra caſa.
Felix. Manzano, has viſto tal tema
de eſtorvarme la fortuna,
que hablar à eſta ingrata pueda?
Manz. El diablo te lo embaraza,
porque es hacer penitencia.
Felix. Señora, la obligacion
de ſerviros es primera:
vamos luego à vueſtra caſa.
Manz. Si uſtedes dieran licencia,
que dieramos un aviſo
aqui, porque nos eſperan,
luego irèmos con mas guſto.
Luiſa. Si no tardais, norabuena.
Manz. Eſſo tres horas, ò quatro;
mas la noche es algo freſca,
y aqui pueden paſſearſe.
Felix. Anda, loco. *Luiſa.* A mì me peſa
de eſtorvaros. *Felix.* El ſerviros
es la mayor conveniencia.
Luiſa. Yo vivo aqui à Calatrava.
Felix. Vamos muy en hora buena.
Luiſa. Leonor, Don Felix es eſte:
cierta ha ſido mi ſoſpecha.
Manz. Yo temo, que hemos de hallar
otra aventura tràs eſta. *Vanſe.*
Sale Don Lope.
Lope. Dos horas ha que mì amor
aqui à Doña Luiſa eſpera,
y por no errar el camino,
porque puede ſer que buelva
por parte que yo la yerre,
no he ido à mi caſa, donde ella
fue eſta tarde con mi hermana,
y ya no es hora en que pueda
detenerſe allà en mi caſa:
què de dudas, y quimeras
eſtà un hombre imaginando,
que eſperando ama, y recela!
Salen Inès con ſerenero, y dos Criados.
Inès. No ha venido Doña Luiſa
à ſu caſa, la pendencia,
ſin duda, la ha detenido,
pues ſucediò al ſalir de ella.
Lope. Gente ſale de ſu caſa:
criados ſon, no me vean,
aqui eſtarè retirado.
Inès Demos à caſa la buelta,
mas eſpera, que aqui viene;
dos hombres vienen con ella,
ſerà ſu hermano Don Diego,
que eſtaba allì à la hora meſma,
ò Don Lope mi ſeñor.

Salen Doña Luisa, Don Felix, Leonor, y Manzano.

Luisa. Mi casa, señor, es esta,
mucho favor me haveis hecho.
Felix. Lleguemos hasta la puerta.
Inès. Señora? *Luisa.* Inès, pues tù aqui?
Inès. Pardiez essa duda es buena;
pues no salimos tràs tì
en oyendo la pendencia?
mi señora me mandò,
que luego tràs tì viniera
con este criado nuevo,
que nunca tu casa acierta,
porque quedò con gran susto
de verte entre la refriega.
Luisa. Mucho te lo estimo, Inès,
que Doña Ana es tan atenta,
que se debe esse cuidado.
Inès. Tù no supiste quièn era
el de la musica? *Luisa.* No.
Inès. Pues tu hermano hacia la fiesta.
Luisa. Mi hermano? què es lo que dices?
pues Don Diego à quièn festeja
en tu calle? *Inès.* A mi señora.
Felix. Manzano, mas evidencias.
Manz. No es muy mala esta noticia.
Luisa. Mi hermano? *Inès.* El la galantèa:
pero por amor de Dios,
que en esto hagas la deshecha,
sin darte por entendida,
que me tendràn por parlera;
pero yo no te lo he dicho,
sino para que lo sepas.
Què me hacia este secreto *ap.*
à mì acà dentro? què sea
yo tan ligera de pico!
maldita sea mi lengua.
Luisa. Inès, de lo que mi amiga
no me quiere à mì dàr cuenta,
no es bien que yo me la tome:
à Doña Ana esta fineza
le agradece de mi parte,
que yo segura, y contenta
vine à mi casa, pues quiso,
acompañandome à ella,
venir este Cavallero.
Felix. De mi obligacion fue deuda.
Manz. Y parienta de la mia.
Inès. Què miro! segun las señas, *ap.*
Don Felix es, y Manzano:
cierta ha sido la sospecha
de mi ama. A Dios, señora.
Luisa. A Dios. *Inès.* Hijos, vamos de esta;
chisme llevo que contar,
ya la boca me hormiguea. *Vanse.*
Lope. Cielos, yo estoy sin sentido!
dos hombres vienen con ella.
Luisa. Cavallero, agradecer
lo que de vuestra nobleza
es blason, es escusado.
Felix. Siempre que à vos se os ofrezca
serviros de mì, hallarèis
en mi pecho esta obediencia.
Luisa. Guardeos Dios, que bien lo creo
de vuestra atencion discreta,
y tambien creo el valor.
Manz. Compañia de ahorcado es esta,
pues os quedais en el Credo.
Leon. Ya sacan luces. *Luis.* Pues entra. *Vans.*
Lope. Sin mì estoy! conocerèlos
si aqui la vida me cuesta.
Felix. Manzano, pues ya ha quedado
sin embarazo mi quexa,
bolvamos, que aun he de vèr
si hallo este alivio à mi pena.
Manz. Si havrà aora otro embarazo?
Felix. Vive Dios, que aunque le huviera
he de ir allà. *Lope.* Cavallero?
Manz. Vele aqui al pie de la letra,
dexando uno, y tomando otro:
hombre, eres Sastre, que llegas
tan tomada la medida?
Felix. Quièn es?
Lope. Quien con vos se engaña,
y quiere por un error
saber quien sois. *Manz.* Mi señor
desciende de la montaña.
Felix. Y à què efecto? *Lope.* Aquessa Dama
con quien venisteis, me obliga
à que os conozca, y os siga,
y sepa à què intento os llama.
Felix. Pues yo à nadie, en caso tal,
satisfago. *Manz.* Y puede creer,
que por no satisfacer,
me dà à mì de comer mal.
Felix. Lo que yo os puedo decir
es, que soy un Cavallero,
lo demàs no. *Lope.* Pues yo espero
saber quien sois, ò reñir.
Felix. Lo segundo està seguro,

mas

mas no tanto lo primero.
Lope. Pues yo, si sois Cavallero,
aqui averiguar procuro
quien sois; si la empressa es vana,
que he de reñir entended.
Manz. Digo, y passaràla usted
por una abuela villana?
Felix. Pues baxemonos al Prado,
que esso es mejor para alli.
Lope. No me he mover de aqui,
sin salir de este cuidado.
Felix. Porque ir allà solo espero,
lo digo. *Lope.* Reñid los dos.
Felix. Pues vete tù. *Manz.* Bien, por Dios.
Felix. Vete, villano. *Manz.* No quiero.
Felix. Què es no?
Manz. Pues con què conciencia
te he de llevar la racion,
si te dexo en la ocasion,
que tienes una pendencia?
Lope. A mì no me se dà nada;
sacad los dos los aceros.
Salen Don Diego, y Martin.
Diego. Què es aquesto, Cavalleros?
Lope. Valgame el Cielo! ya nada,
haviendo llegado vos.
Este Cavallero aqui,
recelè que iba tràs mì,
repuntamonos los dos,
sin causa que importe fama,
quiso aqui reñir conmigo:
consentid en lo que digo, *A Felix ap.*
que es hermano de la Dama.
Felix. Es la verdad, assi fue;
mas la culpa tuve yo.
Manz. Por menos que esso muriò
el quinto hombre que matè.
Diego. Mucho he estimado el venir
à estorvaros la intencion,
que por tan poca ocasion
no fuera justo reñir:
señor Don Lope, mi casa
sabeis que es vuestra; y de vos,
Cavallero. *Lope.* Guardeos Dios,
que esto adelante no passa.
Si vos sois tan Cavallero, *A Felix ap.*
que esso serà cosa llana,
à las seis de la mañana
junto à San Blàs os espero.
Felix. Bien està. *Lope.* Señor Don Diego,
quedad con Dios. *Vase.*
Diego. El os guarde.
Felix. Para mì tambien es tarde.
Diego. Que vos conozcais, os ruego,
mi casa, pues de ella espero,
que os sirvais en ocasion.
Felix. Yo os estimo la atencion.
Diego. Mas esperad, Cavallero.
Manz. Es otra? *Diego.* Por el vestido
aora os reconocì:
vos sois de quien me valì,
y me haveis favorecido
esta noche; y pues sois vos,
aqui conoceros debo.
Felix. No faltarà empeño nuevo,
que nos juntarà à los dos:
yo os buscarè en mas sazon.
Diego. Vos à mì? *Felix.* Bien puede ser.
Diego. Puedo el motivo saber?
Felix. En llegando la ocasion.
Diego. Pues quièn sois saber espero?
Felix. Un Cavallero. *Diego.* Y el nombre?
Felix. Este basta para un hombre;
no soy mas que un Cavallero.
Diego. Basta; apuraros no quiero,
pues lo callais: guardeos Dios.
Felix. No os dè cuidado, que à vos
os buscarà el Cavallero. *Vase.*
Diego. Martin, siguele.
Mart. Esso quiero. *Vase.*
Manz. Quiere usted saber quien es?
Diego. Me hareis favor. *Manz.* Oiga, pues.
Diego. Quièn es este? *Manz.* Un Cavallero.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Don Felix, y Manzano.
Felix. Buelvete tù desde aqui,
que porque las cinco son,
y à las seis es la ocasion,
que llegàras permitì.
Manz. Saber, señor, de tì espero,
por què tanto has madrugado?
Felix. Porque riñe aventajado
quien sale al campo primero.
Manz. Si te quisiere matar
algun enemigo fiero,
madruga, y mata primero,
dice un adagio vulgar:

mas en caſo tan incierto,
vive Dios, que es en verdad,
valeroſa necedad
madrugar uno à ſer muerto.

Felix. Aſſentado es lo primero,
que ir antes al deſafio,
es ſer con la ley del brio
mas cabal un Cavallero.
Lo ſegundo, es neceſſario
creer, que indiciar temor,
es aumentar el valor,
y la fortuna al contrario;
porque ſi mi cobardìa
hace ſu brazo mas fuerte,
es apreſurar mi muerte
de ſu parte, y de la mia:
Luego es cierta conſequencia,
que en tal caſo la oſadìa,
aun mas que à la bizarrìa
ſe debe à la conveniencia.

Manz. Deſafiò à otro un Portuguès,
y le eſperaba en un monte,
que el ſubir à ſu orizonte
cansàra à un gato montès.
Llegò allà el deſafiado,
muerto del paſſo prolixo,
y en viendo al contrario, dixo,
molido, y deſalentado:
Yo no me puedo mover,
para què me llamò aqui?
y èl reſpondiò: Porque aſsi
teño menos que facer.
Tù no has dormido, à mi vèr,
por venir temprano acà;
pues ſi vienes muerto ya,
què tendrà el otro que hacer?

Felix. Las obligaciones mias
no andan bien, ſino à eſte paſſo.

Manz. En el reñir eſtà el caſo,
no en eſſas filoterias:
y Dios, ſeñor, me es teſtigo,
que ſaldrè yo por mi honor
à reñir con un Dotor,
que es el mas fuerte enemigo:
mas ſi à tal hora, ſeñor,
me llamàran con deſdèn,
havia de dormir muy bien,
almorzar mucho mejor,
venir de eſpacio, y no à pata,
y le havia de matar
à puro hacerle eſperar,
que es la coſa que mas mata.

Felix. No es bien hacerle eſſe ultrage
al que al campo me ſacò.

Manz. Pues à què me combidò,
para que yo le agaſſaje?

Felix. Tu buen humor maravilla;
vete ya ſin reſponder:
ya ſabes lo que has de hacer.

Manz. Aqueſſo eſtà de cartilla,
callar, y irme de camino,
por ſi fueres mal parado,
tenerte alli aparejado
huevos, paños, y buen vino;
que eſto no ſe puede errar,
aunque tengas mas ventura,
pues ſi no es para la cura,
ſervirà para almorzar.

Felix. Vete. *Manz.* A encomendar à Dios
al otro voy, paſſo à paſſo,
por ſi Dios quiſiere acaſo
llevarſe à uno de los dos.

Felix. Pues èl, por què mas te mueve
à eſſe ruego tan fiel?

Manz. Para que le lleve à èl,
y tambien para que lleve. *Vaſe.*

Felix. Nunca conocì al temor;
pero eſperar à reñir
con lugar de diſcurrir,
es la accion de mas valor.
Un hombre viene àzia alli,
poner la maſcara quiero.

Cubreſe el roſtro, y ſale Don Lope.

Lope. No sè ſi vengo el primero,
pues eſtà ya un hombre aqui:
pero que no es èl infiero,
pues con maſcarilla eſtà.

Felix. Pues no llega, no ſerà
aqueſte hombre el que yo eſpero.

Lope. Pero ſi èſte ſe eſtà aqui,
nos puede el lance eſtorvar.

Felix. Mas ſi èſte aqui ſe ha de eſtàr,
puede preſumir de mì,
que conmigo le he traìdo;
pedir que ſe vaya quiero:
eſto ha de ſer. *Lope.* Cavallero,
yo à eſperar aqui he venido
una Dama, y ſi los dos
eſtamos aqui, al llegar,
con vos ſe ha de embarazar;

y os suplico, que si à vos
no os importa, de aqui os vais,
pues en este empeño estoy.
Felix. Antes pienso yo que soy
essa Dama que buscais.
El citaros para aqui
en la calle de Alcalà,
no fue anoche? *Lope.* Bien està;
mas còmo venìs assi?
Felix. La màscara reparais?
Lope. Si reparo; pues infiero,
que no es ley de Cavallero,
ni al buen duelo os ajustais.
Felix. Pues escuchad la razon,
que ni la ley se atropella,
ni dexo en esta ocasion
de cumplir mi obligacion
muy ajustado con ella.
Ningun hombre à pelear
puede salir embozado,
porque se puede arriesgar
à que alguien pueda pensar,
que èl no fue el desafiado.
Yo, en tal duda, es cosa clara,
que no incurro, pues es cierto,
que ignorandome la cara,
la misma duda os quedàra,
si saliera descubierto.
Supuesto esto, y assentado,
que lo que se pide en duelo,
no ha de hacer el que es honrado,
quando està desafiado
un hombre, sobre recelo,
si aunque sea por desdèn,
antes del duelo, hace tal
lo que le piden tambien,
aunque en reñir quede bien,
en hacerlo queda mal.
Vos al campo me sacais,
por conocerme atrevido,
si encubierto no me hallais,
antes de reñir llevais
el intento conseguido.
Y quiero en esta ocasion,
pues puedo cubrirme atento,
sin arriesgar mi opinion,
cumplir con mi obligacion,
sin lograros el intento.
Lope. No salìs igual assi.
Felix. Antes igual he salido;
la causa que os trae aqui,
desconocido os la dì,
y salgo desconocido.
Lope. La intencion tiene estrañeza
mas aguda, y bien pensada.
Felix. Pues hable ya la destreza,
y hallarèis mas agudeza
en los filos de mi espada. *Riñen.*
Lope. El nombre de Cavallero
desempeñais bien, por Dios.
Felix. En todo mostrarlo espero.
Lope. Tened, que perdì el acero.
Felix. Bolved à cobrarle vos.
Lope. Herido, lo intento en vano.
Felix. Que yo os le alcanzàra es llano,
mas fuera accion desairada,
que en el campo vuestra espada
no està bien en otra mano.
Lope. Con un dedo menos quedo.
Felix. Podeis reñir? *Lope.* Ya es en vano,
y por aora no puedo,
no por la herida del dedo,
que sana tengo otra mano:
y quando herida quedàra
tambien estotra, y la herida
tomar la espada estorvàra,
con los dientes la tomàra,
hasta rematar la vida;
que nunca en mi bizarria
tener la mano passada
causa à no reñir daria,
sino la galanterìa
de dexarme alzar la espada.
Felix. Pesame, que esteis herido,
quando sin esso esta accion
pudiera haver sucedido,
porque yo solo he venido
à cumplir mi obligacion:
que padece mucho engaño
quien piensa que es valentìa
solo herir; mas yo lo estraño,
pues para mi bizarria,
no he menester vuestro daño:
ataros quiero en la mano
este lienzo. *Lope.* Ya no espero
dudar quien sois, pues es llano,
que tan noble cortesano
bien se llama el Cavallero.
Mas siento ir tan obligado
de vos, porque aunque esta accion,

en

en quanto al lance paſſado,
ceſſa aqui, me hallo forzado
à buſcar nueva ocaſion;
porque yo quiero à la Dama
con quien os vì, y de eſte empeño
no ſe ha de apartar mi llama,
y por cumplir con mi fama,
os declaro que es mi dueño.
Y ya, por lo que ſoſpecho,
ſiempre que con ella à vos
os encuentre, à mi deſpecho,
ſi no quedo ſatisfecho,
hemos de reñir los dos;
y yo tendrè eſta razon
mientras mi duda os ignora.
Felix. Perdeis la ſatisfaccion,
que ſin eſſa condicion
os pudiera dar yo aora;
porque haviendo yo reñido,
deſengañaros pudiera,
mas haviendo prometido
reñir, penſarà qualquiera,
que por eſcuſarlo ha ſido.
Y pues eſſo prometeis,
ſi me hallais en eſſe extremo,
vos hareis lo que debeis,
y yo que en duda quedeis,
porque no penſeis que os temo.
Lope. Mas por lo paſſado ya
quedamos los dos amigos.
Felix. Haſta aqui ajuſtado eſtà,
deſpues el tiempo os dirà
ſi hemos de ſer enemigos.
Lope. A Dios. *Felix.* A Dios: feliz duelo!
Lope. Mas oìs, yo, por ſi acaſo,
ſoy Don Lope Enriquez. *Felix.* Cielo,
ya à mayor ſilencio apelo, *ap.*
pues por ſu hermana me abraſo:
yo, por lo dicho, no quiero
decir quien ſoy. *Lope.* Quando os tope
otra vez ſaberlo eſpero;
y à Dios, que yo ſoy Don Lope.
Felix. Pues yo ſoy un Cavallero. *Vanſe.*
Salen Doña Ana, è Inès.
Ana. Inès, yo eſtoy ſin alma, y ſin ſentido,
que no ſolo Don Felix ha venido
ſin haverme aviſado,
ſino que enamorado
de Doña Luiſa, olvida mis finezas.
Inès. En eſſo pàran todas las bellezas,
que llegan à querer, ſeñora mia.
Ana. A fè, Inès, que mi amor no merecia
el deſprecio que lloro,
que aun ofendida, ſu traicion adoro:
mas què puedo yo hacer?
Inès. Pues te provoca,
la ocaſion tienes à pedir de boca:
Don Diego no te quiere? amale luego.
Ana. No me hables en tu vida de D. Diego,
que no podrè eſcucharte tan ſufrida,
ſi otra vez me le nombras en tu vida.
Inès. Zape, aun no eſtà en eſtado; *ap.*
mas yo paguè un bolſillo que me ha dado,
que Dios ſabe de aqueſta diligencia,
que la hago por cumplir con mi conciencia.
Pues, ſeñora, ſi en eſſo eſtàs vengada,
tu hermano no te tiene ya caſada?
aunque ignores tu eſpoſo, haya mudanza,
y caſate con èl. *Ana.* Buena venganza;
tengo la culpa yo de eſte enemigo,
que quieres que me diera eſſe caſtigo?
Inès. Pues què puedes hacer, quãdo èl ſe muda?
Ana. Valerme del ſocorro de la duda.
Inès. Duda aqui, quando tù fuiſte teſtigo
de todo el lance que paſsò conmigo,
y yo de que èl la eſtuvo aqui eſperando,
y la fue haſta ſu caſa acompañando,
y ella muy ſatisfecha, y muy mirlada,
me dixo: Inès, yo vine aſſegurada
con eſte Cavallero, y por ſentillo,
ſe me ahuecò la boca con tonillo;
y èl la dixo: eſta es deuda en mi cuidado;
à que ella reſpondiò: ya eſtà pagado?
Ana. Pagado dixo? Inès, ſin alma vivo!
Inès. Y le quiſo moſtrar alli el recibo:
nunca los cuentos tienen ſal baſtante, *ap.*
ſi no añade un poquito el relatante.
Ana. El corazon me abraſa una centella.
Inès. De quien yo me vengàra, fuera de ella.
Ana. Pues què culpa ha tenido Doña Luiſa,
ſi mi amor mi recato no la aviſa,
y ya es tarde? eſta pena me atribula!
Inès. Ay, ſeñora! tu hermano. *Ana.* Diſsimula.
Sale Don Lope. Doña Aña?
Ana. Hermano: ay Dios! pena crecida!
què tienes en la mano? *Lope.* Es una herida,
no coſa de importancia, que me dieron
aora en un diſguſto.
Ana. Ay Dios! quièn fueron?
Lope. Tù, Doña Ana, pues ya de mi amor ſabes,
que

que de tì fio yo cofas mas graves,
no importarà que fepas efte empeño:
Doña Luifa, no sè fi ingrato dueño,
que aun no eftà la verdad averiguada,
vino à fu cafa anoche acompañada
de un Cavallero, que con un criado
hafta fu puerta fueron à fu lado.
Quife reconocerle, mas fue en vano;
al intentar reñir, vino fu hermano,
defafièle entonces en fecreto,
falimos oy al campo, y en efeto
anduvo tan bizarro, y tan briofo,
que concluir el duelo fue forzofo,
quedando yo alli herido,
y fin poder haverle conocido.

Ana. Inès, ya yo del todo defefpero,
y no tengo fentido fino muero.

Inès. Tomate effa, feñora, y yo me alegro,
que aora havia yo de amar à un negro,
quanto mas à Don Diego, que te adora.

Ana. Si oy falifteis al campo, no fue hora
de conocerle con la luz que brilla?

Lope. No, que faliò à reñir con mafcarilla,
que en mi vida oì cofa tan eftraña.

Inès. Sacaftele à danzar à la campaña?

Lope. Lo que de èl faber pude, fue primero,
que folo era fu nombre un Cavallero.

Ana. Inès, yo eftoy penando en un abifmo.

Inès. A nofotras nos diò con effo mifmo;
flor nueva traen de Flandes los galanes,
havrà venido entre los tulipanes.

Dentro Don Juan.

Juan. Ha de cafa? eftà acà el feñor D.Lope?

Ana. Inès, mira quien es.

Inès. Ya hace fu entrada.

Lope. D. Juan de Toledo es, no importa nada
que eftès tù aqui. Don Juan?

Sale Don Juan. El Cielo os guarde,
y à vos, feñora: yo defde ayer tarde
à mi hijo Don Felix efperaba:
èl no ha venido aun, y aora acaba
un camarada fuyo de avifarme,
que de oy paffar no puede fu llegada,
porque ante ayer quedaba à una jornada:
y pues ha de venir, como imagino,
yo voy à recibirle oy al camino,
y à que me acompañeis folo he venido.

Lope. Effo en mi obligacion es ya debido,
è irè guftofo allà, por conocerle;
mas advertid, que pues no haveis querido,
que le diga à mi hermana, como ha fido
vueftro hijo con quien eftà cafada,
hafta que aquella muerte eftè ajuftada,
porque no fe prefuma fu venida,
y de efto nazca el riefgo de fu vida,
es bien callarlo hafta que eftè prefente.

Juan. Vos obrarèis en effo cuerdamente.

Lope. Vamos, feñor Don Juan.

Juan. Guardeos el Cielo. *Vafe.*

Ana. Inès, mas evidencias al recelo;
mira fi defde alli viene prendado,
pues no ha vifto à fu padre.

Inès. El te ha engañado.

Lope. Siendo para tu dicha, fabe, hermana,
que tu efpofo tambien viene mañana.

Ana. Còmo el efpofo mio?
pues, Lope, yo nacì fin alvedrio?

Lope. No buelvas à la rèplica paffada,
porque mañana has de quedar cafada. *Vafe.*

Ana. Inès, has vifto la defdicha mia?

Inès. Parece que te afligen à porfia.

Ana. Quando eftà aqui D. Felix, tràs fu aufencia,
que me puede amparar de efta violencia,
quiere à otras fortunas mas violentas?
Inès, faca los mantos.

Inès. Pues què intentas?

Ana. Sacalos luego. *Inès.* Voy à obedecerte.

Ana. Aunque efto fea averiguar mi muerte,
yo lo he de ir à faber de Doña Luifa.

Inès. No diràs, que no firvo bien aprifa.

Ana. Ponmele luego. *Inès.* Dònde vàs, feñora?

Ana. A vèr à Doña Luifa voy aora,
y à falir de una vez de mis defvelos.

Inès. Haces muy bien, falgamos de eftos zelos,
que por Manzano yo tambien me abrafo:
pues què uñas llevo yo, para fi acafo!
yo sè, que à la Leonor, fi fe las hinco,
la harè faber muy bien quantas fon cinco.

Sale Manz. Jefus, y què peligro, fi èl repara!
al hermano encontramos cara à cara.

Ana. Quièn es?

Manz. Quien, porque un riefgo ha defviado,
entra diciendo, fea Dios loado.

Inès. Señor Manzano el de la efpada floja?

Manz. Tù has conocido el arbol por la hoja.

Ana. Inès, yo eftoy turbada: còmo ha fido,
ò por què à entrar aqui te has atrevido?

Manz. Riefgo es, donde hay hermanos tan tenaces,
mas la fortuna ayuda à los audaces.
Don Felix mi feñor pide licencia

pa-

para reñir contigo una pendencia,
que anoche fue de aqui descalabrado;
mas yo pienso, por bien acuchillado,
que venir à reñir zelos de ausencia,
es pedir cura, en tono de pendencia.

Ana. Y dònde està Don Felix?

Manz. Aqui viene.

Ana. Si entra mi hermano, gran peligro tie-
Inès, avisa para que se vaya. (ne:

Inès. En la puerta me pongo de atalaya.

Sale Don Felix.

Felix. Despues de un año de ausencia,
y mil siglos de temor,
buelvo à tus ojos, señora,
no el que fuì, sino el que soy:
no à ponderar la fineza
de mi errado corazon,
que abreviò el camino en alas
de su mentido favor,
ni à quexarme de haver visto
otro mas feliz que yo;
que olvidarme por el digno,
no es culpa, sino eleccion.
No vengo, pues, à quexarme,
que he menester mi passion
para morir, y en la quexa
se desvanece el dolor.
Solo à darte el parabien
vengo aqui del nuevo amor,
que siendo tuyo, es preciso
ser digno de tu atencion.
Yo le vì anoche, y al verle
me precipitò el furor;
que al estrenar una hoja,
no es mucho errar una voz.
Mas despues, bolviendo en mì,
conocì, que querer yo
dexarte sin alvedrio,
fuera tirana razon.
Lo que fuera justa quexa,
fuera fingir el favor,
si haviendo de amar à uno,
nos engañaras à dos.
Esto en tì no lo presumo,
que es tal mi veneracion,
que imagino mi desdicha,
por no presumir tu error.
Lo que he visto, y lo que creo,
es, que si mi dicha era flor,
muriò al faltar de tus ojos,
por el ausencia del Sol.
Con la gala de tu gracia
pude merecer tu amor,
perdìla; pero sin culpa,
fue desdicha, agravio no:
que la gracia que me hacia
digno de tu estimacion,
fue gracia, y pudo negarla
la deidad que me la diò.
Mi sentimiento, y mi quexa,
solo à mi estrella la doy,
que quedar sin quexa un triste
fuera exceso del rigor.
Y pues para mi tormento
tengo bastante razon,
pues no puedo de quexoso,
de infeliz à morir voy.
Yo morirè, dueño (ay Cielos!)
dueño dixe? sin mì estoy;
dueño mìo iba à decir,
fue osadia; pero no,
que si ya para adorarte
no he menester tu favor,
aunque la ultrajes, no puedes
estorvar mi adoracion.
Yo morirè; y por si acaso
fue industria en tu indignacion
levantarme, para hacer
mi precipicio mayor,
yo te lograrè la industria,
y veràs en mi afliccion,
que muero de mi fineza,
primero que del dolor.
Y con esto, à Dios, señora,
que ya que el alma la viò,
quiero morir, mas no oìr
la sentencia de tu voz.

Ana. Señor Don Felix, oìd,
escuchad: valgame Dios!
si haveis dicho, y yo os he oìdo,
oìd, que aora entro yo.

Manz. Gran cosa es vèr dos amantes,
que como dos monos son,
que quando llegan à riña,
muy armados de furor,
se tocan, y no se muerden,
y luego juegan los dos.

Ana. Primero, señor Don Felix,
que os responda, seais vos
muy bien venido, que al veros
mil

mil parabienes me doy.
Y aora bolviendo al caso,
en quanto si quiero yo,
si olvido, ò si favorezco
otro mas digno que vos,
no replico, porque sè
de essa industria la intencion,
y por fingida os respondo
con vuestra misma razon.
Si vos intentais dexarme,
y à esso os mueve otra aficion,
què necessidad teneis
de fingir que os dexo yo?
Vos decìs, que en mì el mudarme
no es culpa, sino eleccion;
pues lo que no es culpa en mì,
por què puede serlo en vos?
Luego si podeis, sin culpa,
mudaros, pues libre sois,
què mejora la mudanza,
vestida de esse color?
Demàs de que, què embaraza
à un galàn, que sin temor
con tres hombres en la calle,
por su Dama se empeñò?
Que despues la fue siguiendo,
y esperando su atencion
que saliesse de una casa,
à la suya la llevò.
No digo que era la mia,
que hace el desprecio mayor,
ni que yo venia à su lado
quando por ella riñò,
ni que ella era Doña Luisa,
porque en materias de amor
esto de nombrar las partes
es muy gran desatencion.
Y para que estas sospechas
se desmientan, si lo son,
ir por ella à un desafio,
herir al competidor;
que como èl era mi hermano,
y tan recatado vos,
viniendo herido à mi casa,
no pude saberlo yo.
Y puesto, señor Don Felix,
que esto no os embarazò,
lo que no fingìs ayer,
para què lo fingìs oy?
Què teme en mì essa cautela,
si se mudò vuestro amor?
yo de vos quexarme puedo;
pero remediarlo no.
Si es querer que no me quexe,
por conocer mi razon,
suponerme esse delito,
no es escusarme el dolor.
Señor Don Felix, si es culpa
la mudanza, ò si es traicion
el fingirme à mì culpada,
no os libra à vos de traidor.
Que tenga razon mi quexa
no os estorva vuestro amor;
y pues no tengo otro alivio,
no me quiteis la razon.
Yo todas mis esperanzas
tenia puestas en vos,
mas ya solo las tendrè
en mi desesperacion.
Mi hermano, señor Don Felix,
casada me tiene, y oy
el ultimo plazo ha sido
que dà à su resolucion.
Mas lo que yo os asseguro,
ofendida como estoy,
es, que he de morir primero,
que à otro dè mi corazon:
porque si vuestra mudanza
es liviandad, no es razon
el vèr en vos un delito,
para cometerle yo.
Ni esto es querer obligaros,
porque la palabra os doy
de sacarme antes los ojos,
que tenerlos para vos.
Esto es daros à entender,
que yo siempre soy quien soy,
aunque vos seais ingrato;
idos aora con Dios.

Felix. Doña Ana, detente, escucha.

Sale Inès alborotada.

Inès. Ay señora! muerta estoy!
mi señor ha buelto à casa,
todo perdido el color,
y las puertas ha cerrado,
que quando Manzano entrò,
los debiò de vèr sin duda;
aqui nos mata à las dos.

Ana. Ay de mì! señor Don Felix,
si aqui aora (muerta estoy!)

escondeos en mi quarto.
Felix. No puedo esconderme yo,
morir, y ampararte, si.
Manz. Pues yo me escondo, señor,
que tengo azar con hermanos,
y todos pienso que son
descendientes de Caìn.
Felix. Tente, villano. *Manz.* Esso no,
que tiemblo de la Hermandad,
porque he sido salteador. *Vase.*
Ana. Para que ampareis mi vida
os lo suplìco, señor,
si veis que tengo peligro.
Felix. Para esse empeño aqui estoy. *Retir.*
Al paño Lope. Por mas que dissimulè
la pena, y la turbacion,
no pude apartar de mì
à Don Juan; sin duda viò
los dos hombres, que aqui entraban
quando salimos los dos,
y no ha querido dexarme:
mas de aqui nadie saliò,
y està cerrada la puerta,
aora sabrè quien son. *Sale.*
Hermana? *Ana.* Yo estoy sin alma!
Lope. Quando yo salia vì dos
hombres, que entraron aqui:
dònde estàn? *Ana.* Yo (muerta estoy!)
hombres, Lope? yo, tù, quando::-
Lope. Ya es prueba tu turbacion
de mi afrenta, y tu delito.
Ana. Què es lo que dices, señor?
hombres aqui? à hablar no acierto!
Lope. Yo los vì, no fue ilusion;
y aunque pueda ser tu esposo
alguno, aqui, vive Dios,
los he de matar contigo.
Ana. Lope, mira::- *Lope.* Esso es error:
mas todo esso es perder tiempo:
de este modo à tu traicion
le he de quitar la salida:
yo lo verè: sin mì voy! *Vase.*
Ana. Ay Inès! què hemos de hacer?
la puerta al quarto cerrò.
Inès. La traspuerta del Jardin
està abierta, echemoslos
por ella presto, señora.
Ana. Bien dices: Felix, señor, *Sale.*
por la puerta del Jardin
te puedes ir. *Felix.* Esso no,
viendo tu riesgo, no puede
faltarte aqui mi valor.
Ana. Vete luego. *Felix.* Esso es locura.
Ana. Vete, y mira por mi honor.
Felix. Dexando à riesgo tu vida,
no lo he de hacer, vive Dios.
Ana. Pues aqui què medio cabe?
Felix. Ponerte en salvo. *Ana.* Esso no,
que primero he de morir.
Felix. Pues lo mismo dirè yo.
Dentro Don Lope.
Lope. Traidor, en vano te escondes.
Inès. Ay, que à Manzano encontrò!
Felix. Entrarèle à defender.
Ana. Tente, Don Felix, por Dios,
que aquesso es perderlo todo.
Felix. Ya detenerme es peor.
Ana. Don Felix, libra mi vida,
que aunque sea indigna accion,
donde todo està perdido,
este es el daño menor.
Sale Manzano. Señor, que viene tràs mì.
Inès. Presto, señora, por Dios,
que nos cortan. *Ana.* Vè delante.
Inès. Hermanitos, afufon.
Ana. Mira, que hay golpe en la puerta,
Don Felix: sin alma voy!
que el escusar mayor daño
me obliga à hacer este error,
à pesar de mi decoro. *Vanse.*
Sale Don Lope. Espera, aleve, traidor.
Dentro Inès. Echa el golpe.
Lope. Ha vil, cobarde!
el golpe à la puerta echò,
de que yo me havia olvidado,
y por ella se escapò:
infame, cobarde, què huyes?
espera. *Dentro Don Felix.*
Felix. No huyo de vos,
poner en salvo estas Damas
es mi primera atencion.
Y para que conozcais,
que no puedo huir, yo soy
aquel mismo Cavallero,
que oy en el campo os hiriò.
Lope. Harè la puerta pedazos:
ay de mì! que mi furor
me cegò à no prevenirla:
yo te buscarè, traidor.
Quièn serà este Cavallero,

que

que tirano de mi amor,
de mi honor tambien lo ha ſido?
mas la pena mas atroz
es, que Don Juan es teſtigo
de todo mi deshonor.
Mas ya la quexa es eſtorvo,
y pues èl todo lo viò,
para hallar à mi enemigo
me valdrè de ſu valor.
Cielos, en tanta deſdicha,
como padeciendo eſtoy,
que eſte ſea Cavallero
es el conſuelo mejor. *Vaſe.*

Salen Inès, y Manzano.

Manz. Entra, Inès, q̃ aqui el rieſgo ſe mejora.
Inès. En mi vida he corrido como aora;
cierra, que ha ſido dicha no penſada,
que eſtuviera tan cerca la poſada.

Salen Don Felix, y Doña Ana.

Felix. Doña Ana, pues ya el lance ha ſucedido,
por mi reſpeto, y por tu honor te pido,
que no me hables de quexas, ni de amores,
que ſolo han de ſervir de hacer mayores
mis ſentimientos, y que falte al trato
de la atencion que debo à tu recato;
ſolo tratemos de enmendar el daño,
que ha ſucedido, ſin hablar de engaño,
que yo, como otra coſa no me pidas,
perderè en tu defenſa dos mil vidas.
Ana. Còmo no? habla, D. Felix, que eſtoy loca;
y quando al alma eſſa traicion le toca,
no hay rieſgo de la vida que me altere:
yo hablè anoche con hõbre que me quiere?
yo galàn? tù le viſte, y yo lo eſtraño;
à no penſar, Don Felix, que tu engaño
lo finge por dexarme, cara à cara,
vive Dios, que del pecho me ſacàra
el corazon, porque con mas pureza
vieras con èl tu engaño, y mi fineza.
Felix Dices bien, yo lo finjo por dexarte,
yo eſtoy enamorado en otra parte,
y es cautela, y traicion, y intento vano;
pero tambien lo fingirà Manzano,
que lo viò, y lo dirà por darte enojos.
Ana. Tù lo viſte? *Manz.* Mas fue con eſtos ojos.
Inès. Ay triſte, que ellos vieron à Don Diego!
de arriba abaxo ſe me abriò el talego.
Ana. Tù viſte hablar cõmigo un hombre, loco?
Manz. Valgame Dios! ni tanto, ni tan poco:
hablarle tù, ya fuera demaſiado;
pero llamò à tu reja un embozado,
y tù luego ſaliſte,
y con èl media hora te eſtuviſte;
pero que tù le hablaſſes? no ſeñora,
que yo no digo, que eres tu habladora.
Ana. Hombre llamò à mi reja?
Manz. Y en perſona.
Ana. Traidor, villano, mientes.
Manz. Pues perdona,
que bien pudo engañarſe mi deſeo,
porque èl no era mayor que un Filiſteo.
Ana. Inès, has viſto tal bellaquerìa?
Inès. Que eſto es todo maldad, ſeñora mia:
negar importa aqui, aunq̃ el gal lo cante:
miren què buen teſtigo era el vergante!
mi ama à la ventana? havia cenado?
Manz. Pues à fè, que yo no era el aſſomado.
Dent. Diego. Ha de caſa. *Felix.* Quièn es?
Inès. Señora, al centro.
Manz. Es un hombre, ſeñor, q̃ entra acà dentro.
Felix. Retirate, Doña Ana.
Ana. Ay ſuerte impìa!
Inès. Calla, ſeñora, que es bellaquerìa
andarnos eſcondiẽdo à troche, y moche.

Eſcondenſe las dos, y ſale Don Diego.

Diego. Buenas ſeñas tomò Martin anoche,
quando por mì ſiguiò à eſte foraſtero:
perdonad la licencia, Cavallero,
que una duda à un peligro eslabonada,
me ha obligado à buſcar vueſtra poſada,
y por haverme vos favorecido
anoche, oy à buſcaros he venido.
Felix. Cielos, eſte es la cauſa de mi daño!
mas aqui ſe ha de vèr el deſengaño.
Ana. Ay Inès, què deſventura!
Don Diego es el que ha venido.
Inès. Jeſus, que todo el veſtido
ſe và por la picadura!
Felix. Decid, pues, lo que quereis.
Diego. Para mi intento, primero
fiaros el alma quiero:
ya vos anoche ſabeis
que yo à una Dama aſsiſtia.
Ana. Si eſto lo dice por mì?
Inès. Calla, y oye deſde aqui.
Diego. Un año ha, que la ſervia,
y en los ſeis primeros meſes
no merecì à ſus enojos,
que me miraſſen ſus ojos:
deſpues mis anſias corteſes.

la obligaron al agrado,
y al fin mi amor advirtiò,
y mis finezas pagò
con un honesto cuidado.

Felix. Si querrà aora Doña Ana *ap.*
decir que esto es ilusion?
que me niegue esta traicion!

Manz. Oyendo estàn la pavana:
de suerte, que aquessa Dama
ha seis meses empezò,
y à los otros seis cayò?

Diego. Fue fineza de su fama,
quando para castos lazos
mi honesto amor la procura.

Manz. Essa Dama es escritura,
que se concertò en dos plazos?

Diego. En seis meses no admitiò
un afecto su beldad.

Manz. Bien digo yo, la mitad
para San Juan se rindiò.

Diego. Gastè un año en obligarla.

Manz. Velo aì, la otra mitad
cayò para Navidad;
bien podeis executarla.

Ana. Inès, èl no habla de mì.

Inès. Pardiez buenas boberìas;
tendrà èl ciento, pues querìas
que te amàra sola à tì?

Diego. Y en fin, quando mi deseo
su amor podia lograr,
yendola aora à buscar,
cerrada su casa veo,
y que de ella se ha salido
por un acaso que ignoro:
yo con la fè que la adoro
pienso que la causa he sido:
porque como anoche vos
con la Justicia reñisteis,
aunque, como vos lo visteis,
yo no lo supe, por Dios,
puede ser que la malicia
de la necia vecindad
dè causa à esta novedad,
si contra su honor se indicia.
Y asi os vengo à suplicar
me digais, pues esto passa,
si saliò de alguna casa
alguien que os vino à ayudar,
ò què passò en la pendencia,
por si algun indicio se halla,
con que yo para buscalla
pueda hacer la diligencia.

Ana. Inès, no vès lo que passa?
por mì es esto. *Inès.* Dale bola;
pues pensabas ser tù sola
la que se và de su casa?

Felix. A no ser indigna accion, *ap.*
aqui llamàra à Doña Ana,
porque viera esta tirana
concluida su traicion.
Este hombre mi amor ignora:
què harè en lance tan cruel?
declararme yo con èl
no conviene por aora.
Cavallero (esto ha de ser)
quando anoche reñì yo,
nadie à ayudarme saliò,
ni yo lo huve menester,
que sobrò mucho à mi espada:
lo que supe es, que reñì,
que huyeron, que los seguì;
de lo demàs no sè nada.

Diego. Esto es valerme de vos,
por si hallaba claridad:
guardeos Dios, y perdonad
el cansaros. *Vase.*

Felix. Id con Dios.

Manz. No es mejor decirle à esse,
que estàn aqui estas señoras?

Salen Doña Ana, è Inès.

Felix. Niega aora, ingrato dueño
de mis ansias, niega aora
lo que à tus ojos confiessa
el que mi pena ocasiona.
Diràs aora, que finjo?
diràs que es traza engañosa
para dexarte? diràs
que de otro amor se provoca
el dolor con que me quexo?
mas sì diràs, quièn lo estorva?
que quien niega lo que vì,
negarà lo que oigo aora.

Ana. Don Felix, què es lo que dices?
que haràs que me buelva loca:
no es Don Diego de Ribera
esse hombre, à quien desdeñosa,
con mas desaires desprecio,
que èl con finezas me enoja?

Felix. Y como que son desaires,
venir anoche de ronda

à dar muſica à tu calle,
llamar à tu rexa propia,
ſalir tù, hablarle, y cantar;
y porque mi anſia zeloſa
llegò à quexarſe à la rexa,
darme tù, porque èl lo nota,
con la ventana en los ojos,
ſatisfaccion bien airoſa:
mira tù ſi ſon deſaires,
ò finezas à mi coſta.

Ana. Cielos, què es eſto que eſcucho!
tù llegaſte à aquella hora?
èl la muſica traìa?

Manz. Y las coplas, y la ronda,
y la pendencia tambien;
pero fue el bobo de Coria,
que nos dexò en la pendencia,
y ſe fue à hacerte mas coplas.

Ana. Inès, què es eſto que dicen?
ſabeslo tù? *Inès.* Yo, ſeñora,
què he de ſaber yo? *Manz.* Jeſus!
de què ha de ſaberlo eſtotra,
ſi ella no es mas que Aduana
por donde paſſan las coſas?

Ana. Don Felix, viven los Cielos,
que me obligas à que rompa
con tu reſpeto, y el mio,
ſi eſſas traiciones abonas.
Añadirme tù otra pena
à la que vès que me ahoga,
es tirar à hacer mortal
el golpe de mi congoja.
Y ſi te canſa mi vida,
porque otro amor te provoca,
donde eſtà el de verte ageno,
qualquiera tormento ſobra.
Què vida podrà quedarme,
quando vea que à otra adoras?
pues para què es otro golpe,
ſi eſſe me la quita toda?
Si es querer hacer mi muerte
mas afligida, y penoſa,
muerta la vida de amor,
no hay ſentido para otra.
Pues ſi eſto, ſeñor, es cierto,
no en el veneno interpongas
la dulzura del engaño
à lo amargo de la copa;
franqueame la bebida,
y muera de una vez ſola,
que es matar con avaricia
cobardìa riguroſa.
Mas ſi mi eſtrella conoces,
bien haces, finge, ocaſiona,
añade rigor, deſmiente,
buſca engaños, buſca formas,
que ſegun ſoy de infeliz,
en penas tan doloroſas,
muriendo de cada una,
tendrè vida para todas.

Felix. Manzano, yo he de perder
el juicio. *Manz.* A buena hora;
pues quien viò lo que viò anoche,
y à vèr à ſu Dama torna,
tiene juicio que perder?

Felix. Fue iluſion, fue ſueño, ò ſombra
lo que vì, y lo que à Don Diego
eſcuchè aqui de ſu boca?

Manz. Señor, puede ſer. *Felix.* Pues còmo,
ſi lo vì, y lo eſcucho aora?

Manz. Porque lo vì yo tambien.

Felix. Què dices? *Manz.* Pues eſſo ignoras?
uno no puede engañarſe;
pero dos, es facil coſa;
y ſi no digalo Inès.

Inès. Pues yo sè de eſſas hiſtorias?
me dà lugar mi labor
de andarme viendo eſſas ſombras?

Manz. Tù, què has de vèr de un galàn,
que feſtejò à una ſeñora?

Inès. Claro eſtà, que no veo nada.

Manz. No vès nada; pero tocas.

Inès. Què he de tocar?

Manz. Tus derechos,
porque tù no te ſobornas.

Felix. Doña Ana, para que yo
no me deſeſpere aora
de no ſufrir lo que finges,
y de ſentir lo que lloras,
de haver viſto yo un galàn,
que en tu preſencia conforma
lo que mi oìdo acredita,
à lo que mis ojos notan;
què diſculpa puedes darme?
pienſala, que ſi la logras,
te perdonarè el engaño,
por lograr eſſa liſonja.

Ana. Pues es meneſter penſar
una verdad tan notoria?

Felix. Pues què verdad hay en eſto?

Ana.

Ana. Que tù à su hermana enamoras,
y èl à mì, y fingìs los dos
lo que à entrambos os importa.
Manz. Encontròsela, y al buelo;
vive Dios, que es cazadora.
Felix. Pues tù quieres que yo finja
lo que en mì primero corta?
Ana. Pues què corta en tì primero?
Felix. Pues no corta en quien te adora
el cuchillo de perderte?
Ana. Què tiernamente lo notas!
làstima es que no te crea;
duele mucho lo que corta?
Felix. Pues no me quita la vida?
Ana. No es mucho mal donde hay otra.
Felix. Bien dices, donde hay la tuya,
que la adoro, aunque no es propia.
Ana. No te consueles con ella,
que te asseguro, que es poca.
Felix. Dexemos esto, Doña Ana,
que si tu hechizo te abona,
por no perder tu dulzura,
passarè por mi deshonra.
Sale Leonor con manto.
Leon. Està aqui el señor Don Felix?
Felix. Quièn es? *Manz.* Una muger sola.
Felix. Pues señora, què mandais?
Leon. Doña Luisa mi señora
os suplìca, que mañana
os llegueis à la Victoria,
que alli à las diez os espera,
porque el hablaros la importa.
Ana. Ha ingrato amante! ay Inès!
mira aqui si se conforma
este recado, y su quexa?
Felix. Pues à mì essa mi señora,
què me tiene que mandar?
Ana. Si, dissimulalo aora,
que esto està muy disfrazado.
Leon. Teniendola tan quexosa,
que por ella à un desafio
salìs, en vano lo ignora
vuestro descuido, señor.
Ana. Huelgome que ella responda
al intento de tu engaño.
Felix. En esto estraño dos cosas,
una el saber mi posada,
y el que me busque la otra,
porque yo tuviesse un duelo.
Leon. De la una à mì me toca
dar razon, pues un criado
que os siguiò anoche à deshora,
nos dixo vuestra posada;
la otra toca à mi señora,
y ella os darà razon de ella.
Felix. Pues decidle, que à essa hora
irè à vèr lo que me manda.
Leon. A Dios, que ella serà pronta. *Vase.*
Ana. Mira aqui, tirano dueño,
mira si se ha visto toda
la intencion, mal prevenida
de tu quexa cautelosa.
Felix. Què, piensas que te he de dar
satisfaccion? no, señora,
que ni de tì quiero oìrla,
ni que tù de mì la oigas.
Ana. Pues si tu traicion he visto,
para què à negarme tornas?
Felix. Esso es imaginacion,
y aquesta es verdad notoria.
Ana. A lo que miran los ojos
imaginaciones nombras?
Felix. Lo que yo oì, y lo que vì
tiene prueba mas forzosa.
Ana. Pues què tienen tus sentidos,
que à los mios se mejoran?
Felix. Vèr yo lo que es evidencia,
y tù una apariencia sola.
Ana. Apariencia es ir al campo,
por la Dama à quien adoras?
Felix. Si, que sin amor se riñe,
si el enojo lo ocasiona.
Ana. Y te busca sin amor,
ya que sin èl te provoca?
Felix. No ha dicho ella que la quiero,
como èl, que à tì te enamora.
Ana. Esso es concierto de entrambos.
Manz. Ya es de mala essa pelota.
Inès. No sino buena, y rebuena.
Manz. Pues pidase à la redonda,
y pido falta tambien,
porque te tocò en la ropa.
Ana. De suerte, que porque estoy
sujeta à tu amparo aora,
quieres que valga tu engaño
mas que mis verdades todas?
Felix. Doña Ana, esso es apurarme,
y aun obligarme à que rompa
el coto de tu decoro,
y con voz escandalosa

te trate como à muger,
que à dos à un tiempo enamora.
Ana. No hagais tal, señor Don Felix,
que aunque un riesgo me congoja,
aunque un peligro me oprime,
sabrè, amparando mi honra,
morir, y no permitir,
que useis licencia tan loca.
Y para no ocasionarla,
lo que os pido desde aora,
es, que penseis, que mi amor
ha sido un sueño, una sombra,
que ni me haveis conocido,
ni yo à vos, que de esta forma,
ni andareis vos atrevido,
ni mi fama peligrosa.
Inès, el manto te cubre,
y pues ya es de noche, aora
vèn à casa de mi prima,
para que alli se disponga,
que yo à un Convento me vaya.
Felix. Buena es la causa que tomas
para buscar à Don Diego.
Ana. Ya satisfacer no importa,
lo que quisiereis pensad:
vèn, Inès. *Inès.* Vamos, señora.
Felix. Pues yo te he de acompañar.
Ana. Ya mi riesgo à vos no os toca,
yo os absuelvo del desaire.
Felix. Yo no he de dexarte ir sola;
mira bien à donde vàs.
Ana. Quien me guia es mi congoja;
primero irè à Doña Luisa,
à apurar esta ponzoña. *Vanse.*
Manz. Señor, detente aqui un poco,
y veràs si acà no tornan.
Felix. Y he de dexarla yo al riesgo
de que alguno la conozca,
y pueda hallarla su hermano?
Manz. Mas que antes de un quarto de hora
buelven aqui? *Felix.* Vèn tràs ellas,
que aunque es de noche, vàn solas.
Sale Don Juan al encuentro de Don Felix.
Juan. Deteneos, Cavallero.
Manz. Buena, por Dios, y à buen hora.
Felix. Què me quereis, ò quièn sois?
Juan. Quien tiene à cargo la honra,
que le ha fiado un amigo,
y al passar por aqui aora,
de esta puerta dos mugeres
viò salir, que se la roban.
Yo no he querido seguirlas,
creyendo, que mas importa
reconoceros à vos;
mas lo que à mi edad le toca,
solo es buscar el remedio,
si de esto hay alguna forma:
miradlo, ò serà la espada
ultima razon de todas.
Felix. Manzano, hay mayor desdicha?
mi padre es este, aunque corras,
vè tù siguiendo à Doña Ana
por essotra puerta.
Manz. Arroga. *Vase.*
Felix. La voz importa fingir:
Cavallero, aquesse empeño,
ni os toca à vos, como dueño,
ni es facil de conseguir.
Juan. Yo os he de reconocer.
Felix. Yo no os lo he de permitir,
ni con vos he de reñir.
Juan. Pues mirad como ha de ser.
Felix. Huyendo yo, y os prometo,
que no es falta de osadìa.
Juan. Pues huir no es cobardìa?
Felix. Tambien puede ser respeto.
Juan. Esso me obliga à intentar
conoceros, y os prometo,
si me fiais el secreto,
de procurarlo mediar.
Felix. Que no puede ser recelo.
Juan. Por què no, si os doy favor?
Felix. Porque es empeño de honor,
y no hay medio en este duelo.
Juan. Yo os debo favorecer,
por lo que de vos he oìdo.
Felix. Sereis contra el ofendido,
y no lo podeis hacer.
Juan. Que puedo hacerlo colijo,
por lo que pienso de vos.
Felix. Hicierais mal, vive Dios,
aunque fuera vuestro hijo.
Juan. Què os importa en caso tal,
que yo me haga esse desdèn?
Felix. El estarme à mì muy bien
el que vos no quedeis mal.
Juan. Callar juro, y solo quiero,
que me digais quien sois vos.
Felix. Un Cavallero, y à Dios.
Juan. Quièn serà este Cavallero?

JORNADA TERCERA.

Salen Don Felix, y Manzano.

Felix. Todo esto es morir, Manzano,
mi pena el pecho me parte.
Manz. Pues, señor, vè à confessarte,
y muere como Christiano.
Felix. Con tormento tan tirano
à matarme me provoco.
Manz. Señor, aliviate un poco
de pesares tan atroces,
grita, quexate, dà voces,
y no mueras como loco.
Felix. Con Don Diego esta tirana
se ha ido. *Manz.* No lo he pensado,
porque ello la hemos buscado
de là noche à la mañana;
yo he ido à su primahermana
à buscarla, como un fuego,
todas sus amigas luego
he corrido, y no està allà;
con que ello inferido està,
que no estarà con Don Diego.
Felix. Pues dònde, si mis cuidados
no la hallan con otro dueño?
Manz. Mira, en un Lugar pequeño
havia cinco enamorados;
fuese su Dama, y turbados,
unos de otros sospechaban;
y luego el caso sabido,
hallaron, que se havia ido
con otro que no pensaban.
Felix. El fin duda ha de ocultalla,
Don Diego logra el favor.
Manz. Pues si esso es cierto, señor,
para què vàs à buscalla?
Felix. Porque mi amor me avassalla
à este tormento, aunque es fuerte;
porque aunque el peligro advierte,
busca engañado mi amor
la dulzura del dolor,
hasta llegar à la muerte.
Al hidropico retrata
mi afecto con su belleza,
donde es la sed mi fineza,
y ella el agua que me mata:
miro su hermosura ingrata,
y al beber el desengaño,
templo la sed, mas el daño
se aumenta en mal tan aleve,
porque mientras mas se bebe,
crece la sed del engaño.
El comun exemplo mira
de la simple mariposa,
que de la llama amorosa
ronda el rayo, la luz gira:
à lograr en ella aspira
el alivio de su amor,
y le quita su rigor
las alas para vivir;
pero què importa morir,
donde es tan dulce el ardor?
Yo en su hermosissimo encanto
hallo el fuego de sus ojos,
donde à templar sus enojos
sale el cristal de su llanto:
no admires que busque tanto
aquella agua en que me anego,
aquella luz en que ciego,
si soy con mi fè amorosa
hidropico, y mariposa
de aquel cristal, y aquel fuego.
Manz. Pues yo el buscarla condeno
en su casa, porque si entras,
què has de hacer, si allà la encuentras?
Felix. Apurar este veneno.
Manz. Y si ella el rostro sereno,
te dixesse, por favor:
Usted me cansa, señor,
dexème ya, por San Juan?
Felix. Matarme con su galàn,
por malograrme el amor.
Manz. Un Vizcaìno insufrible
por una calle iba andando,
y en una rexa, passando,
se diò un codazo terrible.
Enfurecido, aunque en vano,
bolviò à la rexa culpada,
y la diò tan gran puñada,
que se destroncò la mano.
Irritòse, y à dos brazos
tomò, sacando la espada,
y alli, à pura cuchillada,
la hizo en la rexa pedazos.
Partiò diciendo, à su modo:
Manos rompes? quiebras codos?
pues toma lo que has llevado.
Igual venganza te llama,

si vàs con mucha fineza
à que èl te abra la cabeza,
sobre llevarte la Dama:
Y serà gloriosa empressa,
si èl te zurra la badana,
decirle luego à Doña Ana:
me dexas: pues tomate essa.
Felix. Yo he de entrarlo à averiguar,
fingiendo que à hablarle voy.
Manz. Pues señor::- *Felix*. Resuelto estoy,
no tienes que replicar;
aqui vive, entremos luego.
Manz. Mira::- *Felix*. No me adviertas nada.
Manz. Vamos à quebrar la espada
en la rexa de Don Diego. *Vanse*.
Salen Doña Luisa, Leonor, Doña Ana, è Inès.
Luisa. Esto, Doña Ana, passa, y te asseguro,
que hasta aora ignoraba tu cuidado.
Ana. De gran tormenta, amiga, me has sacado.
Ay Don Felix! aora conjeturo
tu pesar con el mio,
mas sabe amor, que ha sido desvarìo.
Luisa. De justa quexa en ocasion me pones,
con dudar de mi amor essas traiciones,
sabiendo tù lo que à Don Lope quiero,
que yo llame à Don Felix, porque espero
que à tu hermano por mì le satisfaga,
pues por su punto mi decoro estraga.
Ana. Los zelos no dàn quexa, amiga mia,
porque son una osada cobardìa:
no hay respeto, grandeza, sangre, ò fuero,
que los refrene, à la razon se ciegan,
renuncian la esperanza, la fè niegan,
vèn, y no escuchan, de temor movidos,
porque son unos ojos sin oidos.
Inès. No te dixe yo siempre, que era en vano,
que Doña Luisa siempre amò à tu hermano?
Ana. De albricias del contento estimo el susto.
Inès. Essotra havia de emplear su gusto
en Don Felix, que no es mas que un sugeto
muy galàn, muy valiente, y muy discreto,
muy liberal, y amante con excesso?
señora, que no hablemos mas en esso.
Ana. Ya, Doña Luisa, que de tì obligada
estoy, de mi pasion desengañada,
quisiera que Don Felix lo estuviera;
y aunque tù sabes ya de la manera
que mi sospecha me guiò à tu casa,
si èl me vè aqui, ignorando lo que passa,
no ha de atender à mas, como està ciego,
sino à que estoy en casa de Don Diego.
Luisa. Pues què quieres hacer?
Ana. Que tù al momento
vayas à prevenirme algun Convento,
donde yo me assegure de mi hermano,
que desde alli, pues su recelo es vano,
podrà Don Felix vèr su desvarìo,
y tener mejor fin el riesgo mio.
Luisa. Ya Don Diego ha acabado de vestirse,
y por aqui es el passo para irse;
entrate adentro, no te encuentre aora.
Ana. Antes le quiero hablar.
Inès. Jesus, señora!
tù à Don Diego hablar quieres? tienes juicio?
Ana Si, que quiero decirle, con què indicio,
de què palabra, ò señas ha inferido
que yo pago su amor, y le he admitido?
Inès. Ay! justicia de Dios, que me revela
la confession; aqui de una cautela.
Señora, pues aora esso querias?
no vès que amor es todo boberìas,
y esta havrà sido alguna de las suyas,
y si tù las rebuelves seràn tuyas?
Estando à tanto riesgo, y sin sossiego,
no es mejor que le empeñes à Don Diego,
dissimulando todos tus pesares,
en que busque el Convento,
que harà la diligencia en un momento?
y estando tù en seguro,
le puedes hablar claro, poco, y puro.
Luisa. Muy bien ha dicho Inès.
Inès. Que si señora.
Ana. Esso he de hacer, dissimulando aora.
Luisa. Pues èl sale, disponte à prevenillo.
Inès. Esto es echarle al riesgo un remendillo,
dure lo que duràre lo encubierto.
Dentro Don Diego.
Diego. Leonor, mira q̃ el quarto queda abierto,
entra luego à cerrarle: mas què miro! *Sale*.
Ana. Mucho harè en reprimir lo que suspiro.
Al paño Don Felix, y Manzano.
Felix. El es. *Manz*. Llamale pues.
Felix. Tente, que he entrado
en mejor ocasion, que hemos pensado.
Diego. Quien madruga, señora,
no tiene que admirar vèr al Aurora,
ni hallar la dicha, que llorò perdida,
si por no merecida,
la noche la perdiò de mis enojos,
y la hallò con la luz de vuestros ojos

Felix. Cielos, què es lo que escucho!
mira si cierto fue lo que imagino.
Manz. Ya te azotan aqui por adivino.
Diego. Pero de vèr vuestro semblante infiero
vuestro disgusto, y que advirtais espero,
que si yo he dado causa à essa tibieza,
tiene disculpa el yerro en mi fineza,
pues por ser atrevida
os cuesta esse pesar; pero la vida
perderè en vuestro amparo, por disculpa.
Ana. De esto me he de valer, pues èl se culpa.
Cierto es, señor Don Diego,
que por vos de este modo à verme llego,
mi vida aventurada,
mi honor à riesgo, mi opinion ajada,
y vos solo la causa me haveis dado;
bien sabe amor, q̃ es èl quien lo ha causado.
Felix. De aqui, Manzano, no saldrè con vida.
Manz. Ya estoy pensando yo en la zambullida.
Ana. Pero ya en el peligro sucedido,
en vano es condenar lo inadvertido,
sino buscar la enmienda que lo abona.
Diego. Para esso està mi espada, y mi persona.
Ana. Menos es menester que essa violencia,
pues basta aora vuestra diligencia.
Diego Decidme, pues, en què serviros puedo.
Ana. De mi hermano me assusta el justo miedo,
y hasta estàr su sospecha sossegada,
bien veis que importa estàr assegurada,
y el remedio mejor es, que al momento
vos vais à prevenirme algun Convento.
donde yo pueda estàr decentemente,
mientras passa el horror de este accidente.
Diego. Agradecido à mi feliz estrella,
pues tal ventura solamente es de ella,
de mì tan presto os hallareis servida,
que al bolveros à vèr obedecida,
imagineis que amor me diò sus alas. *Vase.*
Ana. Ay fortuna! si al mal el bien igualas,
bien se vàn mejorando mis enojos.
Felix. Ha cruel! esso es bien? pese à tus ojos.
Ana. Ya, Doña Luisa, solo està mi suerte
en que mi hermano aqui no venga à verte,
ni hasta que yo al Convento me haya ido,
sepa Don Felix, que de aqui he salido,
porque es terrible su passion zelosa.
Sale Felix. Esso no lograràs, Circe engañosa.
Manz. Degollemoslas todas, vaya arreo.
Ana. Pesares, ay de mì! què es lo que veo?
Felix. Esto es romper con la presa
del dolor, crecer un rio,
cuya violencia se arrastra
troncos, piedras, y edificios.
Tendràs aora disculpa,
ingrato dueño querido?
que aun agraviado de tì,
no me he de apartar de fino.
Havrà industria à que apelar,
para engañarme? havrà arbitrio?
pluguiera al Cielo le huviera,
que en el fuego que respiro,
si me ha de acabar su ardor,
mejor le estaba al sentido
consumirse de mi llama,
que morir de tu delito.
Pues vive el Cielo, cruel,
que ya que alargas el tiro
del rigor de la venganza,
le he de alargar yo contigo.
No tengo otra, sino hacer,
que còmo aqui lo averiguo,
dos que à un mismo tiempo engañas,
los pierdas à un tiempo mismo.
A seguir voy à tu amante,
porque hallandole mi brio,
èl muera de mi venganza,
yo de la suya, y tu hechizo.
Acabese assi tu engaño,
cesse assi el tormento mio,
y muera yo consolado
con que esse placer te quito.
Ana. Don Felix, señor, detente:
Doña Luisa. *Luisa.* Yo os suplìco,
que os detengais. *Felix.* Es en vano.
Ana. Mi bien, señor, dueño mio,
escucha. *Felix.* En vano es tenerme.
Luisa. Yo por mi atencion os pido
que escucheis.
Felix. No hay atenciones;
y perdonad, si esto os digo,
que viendo à quien no las tiene,
hago yo lo que he aprendido. *Vase.*
Manz. Y yo he aprendido tambien,
y sè ya tanto el oficio,
que si aqui engañan à dos,
yo voy à engañar à cinco.
Ana. Ha Manzano, escucha, espera;
tenedle, Inès. *Inès.* Manzanillo,
buelve aqui. *Manz.* Pues para què,
si ya ustedes me han mordido?

Ana. Por dònde entrò tu feñor?
Manz. Como el mozo es atrevido,
entrò por la boca manga.
Luisa. Pues aqueffo no eftà vifto?
por el quarto de mi hermano,
que eftaba abierto.
Manz. Efto es lindo;
fi aqui uftedes le han abierto,
què dudan por donde vino?
Ana. Pues èl hablò con Don Diego
quando aqui entrò, ò còmo ha fido?
Manz. No hablò fino con el diablo,
pues fin verlo me lo dixo.
Ana. Què te dixo? *Manz.* Lo que viò.
Ana. Pues aqui, què es lo que ha vifto?
Manz. La labor que haciendo eftais,
que aqui no hay otro delito.
Inès. Què labor? *Manz.* Medias de pelo,
y entre puntos, y nudillos,
mi amo entraba en los menguados,
y Don Diego en los crecidos.
Pero por Dios, que efta vez
no han de tener artificio
para remediarle el punto,
que à mi amo fe le ha ido,
porque èl lleva ya carrera.
Ana. Manzano, del dolor mio
tèn piedad, y haz tù que buelva,
y toma efte cordoncillo.
Manz. Pues effo es bùelta por buelta.
Ana. Hazlo, por Dios. *Manz.* Vive Chrifto,
que me has puefto una cadena
para fervir, y ya digo,
que ni quieres à Don Diego,
ni à fu cafa te has venido,
ni aora hablabas con èl,
que efto no es mas que un indicio:
miente el mundo, y yo el primero.
Inès. Aora te haces amigo?
Manz. Pues fi me fitian la plaza,
es mucho haverme rendido
en echandome el cordon?
Ana. Que hagas que buelva te pido.
Manz. Què llamas hacer que buelva?
fi aora fe huviera ido
al juego de la pelota,
le harè que buelva al provifo,
aunque le encuentre facando.
Ana. Què no me faltes te digo.
Manz. No, fi èl buelve, no harà falta.
Ana. Pues buelve tù à darme avifo.
Manz. Bolverè quanto quifieres,
como no fea el cordoncillo. *Vafe.*
Ana. Doña Luifa, ay muger mas defdichada!
mi primera atencion me fale errada:
què culpa es la que el Cielo me caftiga?
Luifa. Ay Doña Ana! no sè lo que te diga;
pienfas que es poca culpa un amor fino,
que fiempre es ojeriza del deftino?
Inès. Miren q̃ à buen compàs fe eftàn quexãdo,
y yo difsimulando,
con fer à quien la culpa mas le toca,
me eftoy aqui fin defpegar mi boca.
Al paño Don Lope.
Lope. Yà que por mi impaciencia defefpero
de hallar quien fea aquefte Cavallero,
ni indicio alguno de mi aleve hermana,
le bufco en Doña Luifa, y no es muy vana
mi pretenfion, que en eftos pareceres
unas de otras fe valen las mugeres:
mas con vifita eftà, tenerme quiero.
Ana. Ya dè que buelva à hablarme defefpero,
fegun iba refuelto.
Inès. Que no, fi el quiere bien, dale por buelto:
mas hele, un hombre viene, èl es fin duda,
Và àzia donde eftà Don Lope, y èl fale.
Ana. Mi bien, mi dueño, fi el dexarme muda::
Lope. Ha traidor! què miro! *Ana.* Ay D. Luifa!
Luif. D. Lope, q̃ haces? *Inès.* Detenedle aprifa.
Lope. Muera efta aleve, que mi honor abrafa.
Luifa. Afsi el refpeto pierdes à mi cafa?
Lope. A agravios no hay refpeto q̃ me riñas:
viven los Cielos::- *Inès.* Detenedle, niñas.
Luif. Què agravios hay aqui, fino ha una hora
que la dexò mi hermano, que và aora
à hacer la diligencia de un Convento?
entre tanto eftà mal en mi apofento?
Lope. Què es lo q̃ efcucho! fi D. Diego ha fido
quien aqui la ha traìdo, *ap.*
à mì me eftà muy bien que fea fu efpofo;
con cafarla con èl quedo guftofo,
que primero es mi honor, que mi concier- (to.
Inès. Señora, en efte engaño toma puerto.
Ana. No puedo hablar, Inès, que eftoy cortada.
Inès. Ay feñor! mi feñora eftà turbada;
Don Diego es quien aqui nos ha traìdo,
todo fe acaba bien con un marido,
que mejor que fentencia, es conveniencia.
Lope. No quiero yo apelar à otra fentencia,
que con Don Diego logro mucha palma:

què dices? *Inès.* Dì que sì, pese à tu alma.
Ana. Señor, la turbacion, y el temor mio
no me dexan hablar; yo de tì fio,
que en qualquier accidente
haràs lo que à mi honor es conveniente.
Lope. Pues dònde està D. Diego, ù dõde ha ido?
Luisa. A buscar el Convento aora ha salido.
Lope. Pues irèle à buscar, que esto ajustado
està todo, como èl quede casado; (mana
que aunque èl no sea quien sacò à mi her-
de mi casa, pues hallo aqui à Doña Ana,
ò el Cavallero amigo suyo era,
ò iba con èl, y caso que no fuera,
para què apuro lo que en esto passa,
si à mì me basta que la hallè en su casa?
y no hablarè en mi quexa à Doña Luisa,
hasta hacer diligencia tan precisa. *Vase.*
Sale Don Felix.
Ana. Ay Doña Luisa! valgame el retiro!
Felix. Ya para què ha de ser?
Ana. Cielos, què miro!
Felix. A quien por tu peligro desvelado,
y viendo que tu hermano aqui havia en-
tràs èl se vino, solo à defenderte, (trado,
para vèr la sentencia de su muerte;
pues viendo ya su enojo reportado,
à la puerta quedò, donde he escuchado
de mi dolor el ultimo decreto;
pues para que mi muerte, con su efeto,
apelacion yo tenga para nada,
ya està por tres sentencias confirmada.
Luisa. Jesùs, y què desdicha! *Inès.* S. Antonio!
señores, esto trazalo el Demonio?
Ana. Don Felix, señor, si el hado,
el acaso, y el ahogo,
el Cielo, tu amor, mi pena,
se conjuran en mi oprobio;
yo soy solo un corazon,
donde no cabe por corto,
resistencia para uno,
mira què harà para todos?
La fuerza de mi sospecha,
anoche entre tanto ahogo,
me traxo aqui, donde hallè
desengaños, y socorro.
Con Don Diego esta mañana
disimulè mis enojos,
porque me busque un Convento,
que es el mas honesto abono.
Y si yo huviera advertido
sus afectos amorosos,
para què era otro sagrado,
donde tengo el que yo escojo?
Al entrar aqui mi hermano,
por reportarle furioso,
llevè adelante el engaño,
à que diò principio èl propio.
Mas si todo esto se junta
à suceder de este modo,
què he de hacer, si tus sospechas
yo parece que las compro?
Que me lleves à tu casa
es lo que te pido solo,
que allì estoy con tus hermanas
con defensa, y con abono.
Mas todas estas razones,
que son vanas reconozco,
que zelos al vèr son linces,
pero al escuchar son sordos.
Solo à mi inocencia apelo,
y te ruego por tì propio,
que me lleves donde digo,
por piedad de mis sollozos.
Felix. Doña Ana, aora no es tiempo,
siendo el peligro tan pronto,
ni de admitir la razon,
ni de impugnarla tampoco:
pero para que conozcas
à lo que por tì me arrojo,
siendo deuda del valor,
en lo que me pides, noto
quatro mil inconvenientes,
y he de atropellar por todos:
ponte el manto, y vèn conmigo.
Ana. Sacale, Inès. *Inès.* No es ahorro
ponertele de camino?
Ana. Doña Luisa, à Dios; y solo
te prevengo, que no digas,
aunque sea mas forzoso,
ni con quièn, ni dònde he ido.
Luisa. Esso es demàs.
Inès. A Dios, bobos. *Vanse.*
Luisa. Yo soy quien queda mas bien,
si aora vienen los otros.
Leon. Pues tù, què culpa has tenido?
Luisa. La de pagar yo su enojo,
pues Don Lope en mi desaire
ha de desquitarle todo.
Leon. Pues, señora, dicho, y hecho,
y el diablo le añade un poco,
pues

pues vienen entrambos juntos.
Salen Don Lope, y Don Diego.
Lope. Don Diego, ya lo quexoso
no importa, pues tan honrado
quedo con vos. *Diego.* Saber solo,
que ya Doña Ana tenia
de vuestra eleccion esposo,
me embarazò à declararme.
Lope. Con esto se ajusta todo:
llamad, señora, à mi hermana.
Luis. Què hermana? *Leon.* Và de alboroto.
Diego. Doña Ana no està contigo?
Luisa. Acabado de ir vosotros,
tomò su manto, y se fue,
sin saber yo à què, ni còmo.
Lope. Què es lo que escucho? ha traidora!
Diego. Pues por què ha sido esse arrojo,
si ella me quiere, y en ello
viene ya su hermano, y todo?
Luisa. Don Diego, estàs engañado,
porque ella tiene otro esposo,
que es lo que puedo saber,
aunque quien es no conozco.
Lope. Cielos, quièn puede ser esse?
Luisa. Esso preguntè, mas solo
dice, que es un Cavallero.
Lope. Ha traidor! que este es el propio,
que la sacò de mi casa.
Diego. Pues quièn es?
Lope. Un hombre, un monstruo,
que en nombre de un Cavallero,
sin saber mas, me trae loco.
Diego. Retirate adentro, hermana.
Luisa. Ya le importa à mi decoro
desengañar à Don Lope:
bolver à hablarle es forzoso. *Vase.*
Diego. No teneis de èl otras señas?
Lope. El es un Soldado mozo,
con quien antenoche vos
me hallasteis. *Diego.* Yo le conozco;
vive Dios, que he de matarle,
y he de ir à buscarle solo,
pues de èl mi amor he fiado,
y me ha engañado alevoso.
Don Lope, porque no erremos
la venganza, de este modo
el hallarle se assegura:
mientras que yo reconozco
la posada donde èl vive,
vos esperad aqui un poco,
por si alguien buelve à mi casa:
assi asseguro el ir solo. *Vase.*
Lope Id, que yo aguardo en la calle.
Cielos, sacadme vosotros
de este Cavallero enigma,
causa de tantos assombros.
Sale Doña Luis. D. Lope, escucha, detente.
Lope. Què me quieres? *Luisa.* Es buen modo
entrar à verme dos veces,
estès, ò no estès quexoso,
y irte entrambas sin hablarme?
Lope. Esso me faltaba solo,
tràs el dolor que padezco,
ingrata, quando conozco,
que tambien amor me engaña.
Luisa. Don Lope, si estais furioso
por vuestra hermana, no es bien
vengarlo en mì, que es muy tosco
esse estilo, y muy grossero
para mi oìdo, y mis ojos.
Una fantasìa zelosa,
por unos ciegos antojos,
no es causa para esse estilo:
mas para que ciego, ò loco,
otra vez no useis conmigo
de tan pesados arrojos,
aquel Cavallero mismo
de quien vos estais zeloso
(Doña Ana aqui me perdone,
que primero es mi decoro)
es quien llevò à vuestra hermana
con titulo de su esposo.
Mirad si es cosa creible,
que sin hacerle yo estorvo,
si èl me amàra, se atreviera
à tanto empeño à mis ojos?
O si soy muger, que amando,
tuviera el brio tan corto,
que caso que èl se atreviera,
passàra por esse oprobio,
sin que le::- pero esto sobra;
y es lo cierto, que era impropio
traer yo desaires vuestros,
fingidos para mi abono:
Y es cierto, que no lo hiciera,
à no saber, ni tampoco
à no ser para el empeño
de defender mi decoro.
Mas èl llevò à su muger,
y ella se fue con su esposo;

y pues ya estais satisfecho,
ò no lo esteis, que esse ahorro
perderà vuestro sossiego:
os suplico, que en retorno
no me hableis en vuestra vida,
si quereis quedar airoso.

Lope. Señora, mi bien, espera;
el consuelo, que en tì solo
me queda, quieres quitarme?
no tiene fuero un zeloso
de poder ser atrevido?

Luisa. Esso si, pero no loco.

Lope. Que me perdones te pido,
y me digas por tus ojos
quièn es este Cavallero?

Sale Manzano.

Manz. A èl se lo llevò el Demonio:
mi señor::- pero què miro!
la casa errè, perdonad.

Lope. No haveis errado, esperad.

Manz. Sabe ustè à lo que yo tiro?
vive Dios, que es el hermano. *ap.*

Lope. Este es criado sin duda, *ap.*
sabrè lo que el alma duda,
pues me ha venido à la mano:
à quièn buscais aqui vos?

Manz. A Don Juan Zaquizamì,
vive aqui? *Luisa.* No vive aqui.

Manz. Pues quedese usted con Dios.

Lope. Aguardad: quièn, pues lo ignora,
dueño es de vuestra persona?

Manz. Mi dueño es una fregona,
pero limpia como el oro.

Lope. La curiosidad no es tanta,
ni os toco yo en esse punto;
à quièn servìs os pregunto?

Manz. Yo, à Dios la Semana Santa.

Lope. No teneis amo, menguado?
que ya, vive Dios, me irrito.

Manz. No, vive Dios, es delito,
que no sea yo criado?

Lope. No, que yo de ello me alegro:
mas còmo quando yo os vì
entrasteis, diciendo aqui,
mi señor? *Manz.* Esse es mi suegro.

Lope. Sois casado? *Manz.* Siete veces.

Lope. Yo os he visto à vos al lado
de un Cavallero Soldado.

Manz. Mas que me casca las nueces: *ap.*
esse es un sobrino mio,
que està en Madrid, forastero.

Lope. Quièn es esse Cavallero?

Manz. El sobrino de su tio.

Lope. Què es su nombre?

Manz. Hay tal aprieto?
Pierres. *Lope.* Esse el nombre es?

Manz. Es espìa, y porque lo es,
anda en la Corte en secreto.

Lope. Y dònde està? *Manz.* Es vagabundo,
y està en una casa estraña.

Lope. Quièn vive alli?

Manz. El Rey de España,
à pesar de todo el mundo.

Lope. Vos tambien hablais de encanto?
pues vive Dios, que mi espada::-

Manz. Deme ustè una cuchillada,
y no me pregunte tanto.

Lope. Vengarme en vos es baxeza,
ni es esso lo que ha de ser.

Manz. Pues ya què mas ha de hacer,
si me ha roto la cabeza?

Luisa. Esse hombre, sea quien fuere,
què te puede ocasionar?

Lope. Mejor es dissimular,
y seguirle donde fuere.

Manz. Quiere usted mas? *Lope.* Idos vos

Manz. Declarè bien? *Lope.* Fue capricho.

Manz. Quiere usted que firme el dicho?

Lope. Idos de aì. *Manz.* Pues à Dios. *Vase.*

Lope. Seguirle aora es mejor.

Luisa. Don Lope? essa empressa es vana,
si està casada tu hermana.

Lope. Seguirle importa à mi honor,
que mi venganza se allana
con seguirle desde aqui. *Vase.*

Luisa. Pues yo tengo de ir tràs tì,
y irè à avisar à Doña Ana. *Vase.*

Salen Don Juan, Don Felix, Doña Ana, y Inès tapadas.

Juan. Por el contento de verte
te perdono el sentimiento,
Felix, de estàr en Madrid,
sin verme à mì lo primero.

Felix. Señor, empeños de amor
tienen disculpa, y te ruego,
que à èste no falte tu amparo.

Ana. Porque os haga mas empeño,
me descubrirè con vos: *Descubrese.*
conoceisme aora? *Juan.* Què veo!
luego Don Felix, señora,

fue

fue quien osado, y resuelto,
os sacò de vuestra casa?
Ana. Si señor, que èl es mi dueño.
Inès. Si señor, y à mi tambien,
que es lo peor que hay en ello,
que soy una doncellita,
y sabe Dios lo que pierdo.
Juan. Felix, yo me huelgo mucho
de que este sea tu afecto,
que es mi señora Doña Ana
con quien casado te tengo,
y esto està luego ajustado.
Felix. No es tan facil como esso,
porque aquesta mi señora
no quiere, à lo quo yo entiendo,
que logre yo tanta dicha.
Ana. No señor, que yo sì quiero,
sino que èl, por un engaño,
que le hacen injustos zelos
de un hombre::- *Juan.* Tened, señora,
entraos conmigo acà dentro,
que no es esso para aqui:
venid, que con mas secreto
me dareis cuenta de todo:
quedate tù aqui. *Felix.* Aqui espero.
Ana. Ay ingrato! quiera amor
que se reconozca el yerro. *Vanse.*
Inès. Ay Virgen! còmo es posible
que yo desate este enredo?
que à puro tirar la soga
me han hecho ya el nudo ciego.
Felix. Què miro! ò miente la vista,
ò el que alli viene es Don Diego:
sin duda ya èl me conoce:
aqui retirarme quiero
hasta saber lo que intenta. *Retirase.*

Sale Don Diego.

Diego. Que es Don Felix de Toledo
en la posada he sabido,
y asi aqui à buscarle vengo.
Inès. Señor Don Diego? *Diego.* Tù aqui?
ya un seguro indicio tengo
de que he hallado à mi enemigo;
voy à buscarle allà dentro.
Inès. À dònde vais? *Diego.* A vengarme.
Inès. Ay Virgen! aqui me pierdo:
señor Don Diego, escuchad,
y no vais à hacer un yerro,
engañado de otro mio,
que todo esto es un enredo
de esta triste pecadora,
sin que mi señora en ello
entre, ni os haya querido;
que aunque sois galàn, lo mesmo
es veros à vos, que al diablo:
no penseis que os lisongeo,
que peor le pareceis;
pero yo, señor, que tengo
mas tierna la voluntad,
fingì favores supuestos
de parte de mi señora,
y os he engañado con ellos,
que ni ella sabe de vos,
ni de vuestro galanteo,
ni que os hablè por la rexa;
y si una musica os debo,
ya os la pago en lo que canto,
que dàdivas, y dineros
bien valen lo que por mì
haveis estado creyendo.
Yo me acuso, que he quebrado
el octavo mandamiento,
levantando un testimonio,
que para mì era de hierro,
pero para vos fue paja,
con que aqui obligado os dexo
à no tomarlo en la boca,
pues por paja tiene riesgo. *Vase.*
Diego. Oye, Inès, escucha, espera:
corrido, y sin alma quedo!

Al paño Don Felix.

Felix. Cielos, què es lo que he escuchado?
que no me cabe en el pecho
el gusto del desengaño:
ay Doña Ana! amado dueño,
mil veces perdon te pido.
Diego. Pues en èl, viven los Cielos,
me he de vengar, que no importa
ser mis favores supuestos,
para haverle yo fiado
mi amor, y engañarme luego.
Sale Don Felix. Pues para esso estoy aqui.
Diego. Mucho de hallaros me huelgo.
Felix. Pues si de mì teneis quexa,
porque vos, señor Don Diego,
me dixisteis vuestro amor,
y el mio os tuve encubierto;
sabed, que diciendo vos,
que erais querido primero,
no podia ser mi Dama

la

la que à dos amaba à un tiempo:
pero aora que he sabido,
que solo fue engaño vuestro,
es mi Dama, y yo la adoro,
y ya en el alma la tengo;
y siempre que la miràreis,
vereis delante mi acero.

Diego. Para esso de aqui salgamos.

Felix. Andad, que ya os voy siguiendo.

Sale Manzano.

Manz. Jesus, señor. *Felix.* Dònde vàs?

Manz. Vengo molido los huessos.

Felix. Pues de què?

Manz. Traigo una maza.

Felix. Què dices? estàs sin sesso?

Manz. Si señor, porque Don Lope,
para venirme siguiendo,
se me agarrò de la cola,
y hele, que ya entra acà dentro.

Diego. No importa, que pues conmigo
teneis ya acetado un duelo,
yo he de estàr à vuestro lado
hasta ajustarle primero.

Felix. Esso no he menester yo.

Sale Don Lope.

Lope. Aqui entrò el criado: Cielos,
Don Juan de Toledo vive
en esta casa: què veo!
el hombre con quien reñì
no es aqueste Cavallero?
sois vos::- *Diego.* No vais adelante,
porque entre los dos tenemos
un duelo acetado ya,
y no hay lugar para el vuestro.

Lope. Si èl es el que yo presumo,
mi venganza es lo primero,
que el mio es duelo de honor.

Diego. No hay calidad en los duelos;
el que primero se aceta
se lleva el primer derecho.

Felix. Pues yo soy el que pensais.

Lope. Pues matarèle. *Diego.* Teneos,
que he de ponerme à su lado.

Felix. Salgamos al campo luego,
pues estamos dos à dos.

Manz. No señor, que yo soy cero,
y no hago numero aqui.

Felix. Venidme los dos siguiendo.

Sale D. Juan. A tu lado està mi espada:
dònde vàs, hijo? què es esto?

Lope. Què es lo que miro! pues vos
sois Don Felix de Toledo?

Felix. Yo soy. *Manz.* Mas ha de treinta años.

Lope. Pues mejor està mi empeño.

Salen Doña Luisa, y Leonor.

Luisa. Leonor, que he de llegar tarde
à avisarla, voy temiendo:
mas ay Dios! què es lo que miro?

Diego. Hermana, tù aqui? què es esto?
ha traidora! *Lope.* Reportaos,
y advertid, señor Don Diego,
que es mi esposa Doña Luisa,
y à mì me viene siguiendo.

Diego. Siendo assi, à mì me està bien.

Felix. Don Lope, si vuestro empeño
conmigo, es por vuestra hermana,
yo os respondo con lo mesmo,
pues Doña Ana es ya mi esposa.

Lope. De albricias de este sucesso
os doy los brazos, Don Felix.

Felix. Yo de hermano los aceto.

Diego. Pues si esto llega à este estado,
tambien yo mi quexa dexo,
y quedo mejor que todos,
pues que me quedo soltero.

Juan. Pues, señora, salid vos.

Salen Doña Ana, y Inès.

Ana. A dàr à mi amado dueño
toda el alma en un abrazo.

Luisa. Dulce fin à tanto riesgo.

Inès. Què està ya todo ajustado?
señores, corrida quedo
de que no se haya sabido,
que yo tracè este embeleco:
venga à noticia de todos.

Manz. Toca, embustera, essos huessos.

Felix. Y si logra vuestro aplauso,
aqui acaba el Cavallero.

F I N.

Con Licencia: En Valencia, en la Imprenta de la Viuda de Joseph de Orga, Calle de la Cruz Nueva, junto al Real Colegio del Señor Patriarca, en donde se hallarà esta, y otras de diferentes Titulos. Año 1768.